

POLICIA MONTADA *del* CANADA



Cary Cooper • Madeleine Carroll • Bullette Gouldard • Preston Foster



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Paseo de la Paz, 10 bis -- Teléfono 18841 -- Barcelona

Policía montada del Canadá

Maravilloso asunto, de extraordinario interés, en tecnicolor

Productor y director

CECIL B. DE MILLE

Productor asociado

ARTHUR ROSSON

Guión

ALAN LEMAY, JESSE L. LASKY, Jr. y GARDNER SULLIVAN

Es un film

PARAMOUNT

Distribuido por

CHAMARTIN, S. A

PRINCIPALES INTERPRETES

| | |
|-------------------------------|-------------------|
| Dusty Rivers | Gary Cooper |
| Abril | Madeleine Carroll |
| Louvette | Paulette Goddard |
| Jim | Preston Foster |
| Ronnie | Robert Preston |
| Corbeau | George Bancroft |
| Tod | Lynne Overman |
| Dan Duroc | Akim Tamiroff |
| Oso Grande | Walter Hampden |
| El Corto | Lon Chaney, Jr. |
| Inspector Cabot | Montagu Love |
| Luis Riel | Francis McDonald |
| Johnny Pelang | George E. Stone |
| Superintendente Harrington | Willard Robertson |

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Policía montada del Canadá

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

LA REBELION DE LOS MESTIZOS

En el Noroeste del Canadá, los primeros traficantes llegados del Viejo Mundo se unieron a los indios de las llanuras y de los bosques, creando así una nueva raza: los mestizos. Estos, durante dos siglos, se multiplicaron y prosperaron sin ley que los contuviera. Cuando más tarde apareció la Ley, imponiendo el derecho de propiedad, que amenazaba con acabar para siempre su salvaje libertad, los

mestizos, resentidos y descontentos, se levantaron contra este nuevo poder.

Esto ocurrió en 1885. Un puñado de hombres audaces, uniformados con guerreras rojas, la Policía Montada del Noroeste, logró dominar la rebelión, que se fraguó y fue dirigida, en un principio, desde el otro lado de la frontera por Louis Riel.

Louis Riel vigilaba la canción de sus alumnos en su pequeña escuela de montaña, cuando repentinamente se abrió la puerta, dando paso a dos hombres, cuya tez era tan oscura como la del matastro. El más alto de los recién llegados hizo un ademán imperioso, pero Riel no interrumpió la canción hasta que hubo terminado. Acarició, luego, la cabeza de una niña y dijo a sus discípulos:

—Hoy os voy a dejar que os vayáis antes a casa. ¡Se acabó la clase! —A continuación llamó a una niña y exclamó—: No tienes por qué tener miedo, Susie. Son viejos amigos del Canadá.

—¡Que se largue! ¡Tengo prisa! —se impacientó el que había hecho el ademán.

—Ya te puedes ir, Susie... ¡y menos fantasía! —aconsejó Riel.

—Sí, sí, señor Riel. Ya cantaré bien mañana —aseguró Susie, yéndose.

Una vez solos, los dos hombres se acercaron a Riel. El más bajito

le sonrió y afirmó con acento significativo, a la par que intencionado:

—Tú no estarás aquí mañana, Louis.

—Recibí tu carta, Duroc, para volver al Canadá—Su mano rozó la cuerda de la campana persuasivamente—. ¡Sería la muerte!

—Para otros tal vez, pero para nosotros no—gruñó el más corpulento.

—Quince años de destierro no te han cambiado, Corbeau—dijo Riel.

—Ni a ti... supongo —contestó Corbeau con reticencia.

Se apartó Corbeau de Duroc y de Riel para espiar a través de las ventanas, encargando tácitamente a su compañero de enterar a Riel de qué se trataba. Duroc lo hizo con el ardor de su sangre mestiza, en tanto que el matastro, asombrado, se desplomaba en su sillón.

—El Canadá ya no es el mismo. Ya no pertenece a los mestizos, Louis. La Ley viene a avasallarnos. Los blancos nos quitan las tierras,

POLICIA MONTADA DEL CANADA

los agrimensores nos marcan donde hemos de vivir. Hemos mandado muchas cartas al Gobierno, pero no nos han hecho caso. El Gobierno se ocupa de los indios, de los colonos blancos, pero nadie se ocupa de los mestizos... Por eso se gobernarán desde ahora a sí mismos... ¡Lucharán como fieras! ¡Tienes que volver, Louis, y dirigirnos!

—¿Contra los soldados de la reina?—preguntó Riel, cuyas pupilas se habían animado con un relámpago—. Ya se intentó.

—Ahoró será distinto — gritó Corbeau, apartándose de las ventanas—. Los indios celebran Gran Consejo. Jamás se vieron tantos Crees y Píes Negros reunidos. Lucharán a nuestro lado, si se lo pido yo. Yo llevo sangre cree, igual que Oso Grande.

—El Gobierno del Canadá... — balbuceó, asustado, Riel.

—¿Qué dices de gobierno? — le interrumpió brutalmente Corbeau—. Tú y yo... y también Duroc seremos el Gobierno. Con los indios echaremos a los blancos del Oeste del Canadá.

—Vamos a crear un nuevo Gobierno, Louis—añadió Duroc, entusiasmado—. Batoche será nuestra capital. ¡Los nuestros llegarán a Batoche a millares por los ríos, por los bosques!

Las delgadas facciones de Louis volvieron a iluminarse y suspiró:

—¡Todavía tienen fe en mí!—pero se contuvo y protestó—: ¿Sabéis qué ocurriría si volviéramos a fracasar?

—¿Fracasar? — se extrañó Duroc—. Corbeau tiene un fusil como no has visto en tu vida otro igual. Disparado es igual que... que un huracán.

—Siendo para matar, es natural que Corbeau lo tenga — murmuró Riel.

—Se trata de un arma que dispara mil cartuchos en un minuto. Una ametralladora que ocultó en la frontera.

Dicho esto, Corbeau arrojó la plegadera contra el mapa, clavándose en el lugar preciso en que se cifraban todas sus aspiraciones. Inconscientemente, Riel contempló el cuchillito, que temblaba aún por el choque.

—¡Sangre! — gimió horrorizado.

Corbeau cogió el cucurucho con que el profesor castigaba a sus discípulos malos y se lo metió hasta las sienes con un golpe de salvaje pasión.

—¡Te mereces las orejas de burro! Iré allá y lucharé solo... ¡Vamos!

—¡Corbeau! — le amonestó Duroc.

POLICIA MONTADA DEL CANADA

—¡No te dejaré que conduzcas a mi pueblo!—avisó Riel.

Estas exclamaciones casi simultáneas animaron un vestigio de paciencia en Corbeau, que volvió sobre sus pasos y dijo con voz conciliadora:

—Tú puedes ser el santón que los guía, Louis. Sólo quiero el negocio del *whisky* y lo obtendré... Si no, no esperaré ayuda de los indios.

—¡No quiero ayuda de un contrabandista de...!—se indignó Riel.

—¡Calla o te...!—rugió Corbeau, dándole un puñetazo en el pecho. Duroc descompartió a los dos hom-

bres, que se observaban como fieras, y se puso en medio, rogando un poco de paciencia a ambos.

—Louis, si Corbeau no nos procura la ayuda de los Crees y de los Pies Negros, los de las guerreras rojas nos desharán. Pero los mestizos no lucharán sin Louis... Es posible que no simpaticeis, pero os necesitáis el uno al otro.

—¡Pero la sangre correrá a raudales!—se horrorizó Riel.

—¡Sangre!... No se notará mucho. La Policía lleva guerreras rojas—exclamó Corbeau con desprecio.

* * *

El sargento Jim Bret, de la Policía Montada, y su íntimo amigo Ronnie Logan, sofrenaron a sus caballos con objeto de contemplar el tráfico inusitado que discurría por el camino de Batoche. La inmensa mayoría de los viajeros eran hombres, abrumados por el peso de grandes bultos de forma sospechosa.

—Parece que hay mercado en Batoche—comentó Ronnie.

—Un mercado muy raro... Anda con los ojos abiertos y con el fusil a punto—le recomendó el perspicaz sargento.

Mientras los dos policías sacaban los rifles de las fundas y los apoyaban en el brazo, en Batoche, en una especie de caprichosa plaza formada por el azar, un pelotón considerable de mestizos cumplía con desgana las órdenes de su instructor, empeñado en que sus indisciplinados cuerpos evolucionasen con la precisión de un ejército modelo.

Duroc tenía que intervenir cons-

tantemente para evitar las desertiones producidas por la incompreensión de los mestizos, a quienes no cabía en la cabeza la necesidad de tanto preparativo para luchar en la selva. Un chiquillo le avisó de la llegada del sargento y de Ronnie, y Duroc mandó romper filas.

—¿Tendrá razón el inspector al creer que ha vuelto Riel?—preguntaba Ronnie a Jim, a poco de haber penetrado en Batoche.

—¡El nunca se equivoca!

—El fuerte está a veinte millas—objetó Ronnie.

Un codazo de Jim le hizo callar.

El sargento había descubierto a un grupo de mestizos desembalando una cantidad importante de rifles. Este hecho carecía en sí de importancia, pero no el que se apresurasen a ocultarlos con la premura de unos malhechores. Los dos policías pasaron de largo, simulando no haber advertido sus manejos, pero Ronnie exclamó:

—¿Quién les habrá traído esos rifles?

POLICIA MONTADA DEL CANADA

—Los Reyes Magos—replicó Jim con sorna.

Poco más allá fué un tropel de habitantes de la selva al que vieron desempaquetando relucientes y novísimas pistolas. Las sospechas de Jim se trocaban en certeza. Con la excusa de charlar con un mestizo, que pasó cabalgando junto a él, cargado con un inmenso cajón, dió a éste un golpe con la culata de su fusil. La caja se estrelló contra el suelo, que quedó sembrado de relucientes cartuchos.

—Es un regalo sin importancia, para mi mujer—explicó el mestizo.

—¡Ojo, no vaya a ser tu viuda!—dijo Jim, pasando adelante.

—¡Qué gracia!—comentó Ronnie así que estuvieron lejos.—¡Regalar a la mujer cartuchos!

—No te fíes. Eso de que haya hoy tantos forasteros me da mala espina.

Sin embargo, hubo dos espectadores de la aparición de los policías interesados en algo que no tenía relación con la conspiración de los mestizos. El primero era un hombre de pelo rojizo, enorme nariz y boina de punto, que proclamaba su ascendencia escocesa, el cual observaba las idas y venidas haciendo calceta.

El otro era una bellísima joven, sentada sobre un montón de pieles.

Sus grandes ojos negros y rasgados relampaguearon al ver a Ronnie y se dejó resbalar por las piernas hasta el suelo, corriendo a continuación hacia el apuesto policía, que simuló no percibirlo. Entonces, la joven le dió un golpe en la bota de montar.

—Esta noche en Fuerte Carlton, donde siempre—murmuró precipitadamente Ronnie.

La joven se apartó de los policías, siguiendo a Ronnie con ojos llenos de amor, mirada que desapareció al tropezar con un carro que transportaba paquetes de pieles. Con habilidad, rasgó la cubierta de uno de ellos y robó un buen puñado de armiños, apresurándose a ocultarse.

—Ya te he dicho que dejes a esa—dijo el sargento, que se había dado cuenta de la cita.—Es peligrosa. No te fíes de una mestiza.

El rostro de Ronnie se encapotó. Jim no le hizo caso, porque acababa de descubrir a Durge sentado en un porche con el majestuoso aspecto de un monarca, pero observándole astutamente con sus ojillos brillantes como azabaches. Era patente que le estaba esperando.

—¡El viejo lobo en persona!—exclamó Jim.—Ve al hospital a ver a tu hermana. Yo iré en seguida.

POICIA MONTADA DEL CANADA

—No llegues en camilla—bromeó Ronn, obedeciéndole.

Jim atravesó la muchedumbre de mestizos, que iba espesándose poco a poco, con dificultad, y se acercó a Duroc, que se puso en pie y dio dos pasos hacia él. Jim notaba que los ánimos estaban exaltados, mientras saludaba secamente a Duroc.

—¡Hola, Duroc! ¡Cuánta gente hoy!

—Sí. Muchos amigos... míos, claro.

—¿Está Louis Riel entre ellos? —preguntó, dando en el blanco.

—Louis Riel es nuestro mejor amigo.

—Pasa que tenga paciencia. Es un consejo.

—Ya hace quince años que la tenemos—gruñó Duroc.

—Pero todo se agota... Tenéis un plazo de un día.

Duroc dióle la espalda con violencia y, cuando se le encaró, le ofreció un papel envuelto en un trozo de piel. Jim lo aceptó sin leerlo, metiéndolo en la pistolera de su silla de montar.

—Este papel dice qué queremos. Si vuestro Gobierno contesta "no", formaremos otro Gobierno—notificó Duroc, siendo aclamado por sus hombres.

—Cometéis un error. La Ley entró en estas tierras.

—Este manda aquí—dijo Duroc, golpeando la culata de su rifle.

—¿Vaia a luchar contra el Imperio británico?—se burló Jim.

—Sois cincuenta policías... ¡sólo cincuenta! En todo el Canadá no hay más que quinientos. Somos muchos millares de mestizos. Y Oso Grande y los Pies Negros tienen diez mil guerreros — fanfarroneó Duroc.

—Los indios no seguirán a Riel—repuso Jim.

—Tal vez sigan a Jacques Corbeau.

—Si trajerais nuevamente a ese asesino, se os dará vuestro merecido. Tú eres un lobo noble, Dan. No quisiera verte ahorcado con esa hiena.

Duroc hizo un gesto imponente, indicando que había terminado la entrevista. Pero antes de sentarse de nuevo, insistió:

—La respuesta antes de veinticuatro horas.

—La tendréis... si no hay avería en los cables—dijo Jim reticente.

—Los cables estarán bien... sólo veinticuatro horas.

Después de proferir unas palabras de aviso, Jim hizo girar de grupas a su caballo y comenzó a hender la muchedumbre de mesti-

zos, que se apretaba por todos los lados como una barrera humana. Un mestizo gigantesco se destacó y cogió el caballo de Jim por la brida, deteniéndole para preguntarle:

—Tú crees que Corbeau no vendrá, ¿eh?

—Vendrá en cuanto huela a sangre—afirmó Jim con sangre fría.

—¡Pues puede que no tarde mucho en olerla!—gritó el mestizo.

Estas palabras despertaron la ferocidad de los mestizos. Mientras el sargento espoleaba su corcel y apretaba con firmeza su fusil, los mestizos aullaron como endemoniados, profiriendo amenazas. Como suele ocurrir en tales ocasiones, de las amenazas se pasó a las obras y Jim tuvo que confesar que estaba en una situación comprometida. No obstante, no se amilanó y siguió arrollando a los mestizos con el pecho de su caballo.

El alboroto crecía. El fin del sargento estaba cercano. El hombre que hacía calceta, el único indiferente al motín, se colocó el rifle entre las rodillas, apuntando a la multitud. En el hospital, Ronnie quiso acudir en ayuda de su superior, pero Abril, su hermana, le impidió que fuera en busca de la muerte.

El sargento estaba completamente inmovilizado y ya levantaba el rifle, cuando la voz de Abril sonó

desde el hospital, en cuyo porche estaba con un niño en brazos, llamando al gigantón que había producido el alboroto.

—¡Shorty! ¡Shorty! ¡Ha sido un niño! ¡Un chico, Shorty! ¡Es que no quieres ver a tu hijo?

Shorty, finalmente, oyó la llamada, lo mismo que sus compañeros, y dejaron de embestir al sargento. El gigantón corrió hacia el hospital, mientras sus paisanos abandonaban al sargento y éste conducía su caballo hacia Abril, gritando:

—¡Un chico! ¡Hábelo oído? ¡Tengo que ir; mi hijo está pidiendo que vaya a verle!

El sargento descabalgó frente al hospital, en el preciso momento en que Shorty entraba en él. Ató el caballo a la barra y se inclinó sobre el hombre que hacía calceta, que le lanzó una mirada de complicidad.

—¡Hola, Tod! Gracias por apuntar a Shorty. Suerte que no has tenido que disparar.

—Si no lo hice fué por que no se me corriese el punto en los calcetines que hago.

El sargento se rió de la salida de aquel maravilloso y flemático tirador y penetró en el hospital. Abril tenía inclinada su hermosa loma cabeza rubia sobre la pierna de una chiquilla india, a la que estaba enyesando auxiliada por la madre de

POLICIA MONTADA DEL CANADA

la paciente. Shorty, alivando su enemistad, mostró su retoño a Jim y luego desapareció.

—¡Hola, Abril!—dijo el sargento—. Habrá que hacerle un homenaje al niño de Shorty por venir al mundo tan a tiempo.

—Si vino al mundo hace ya dos horas...

—Pues entonces te lo haré a ti—dijo Jim, subiéndole las mangas del uniforme—. ¿Cómo puedes asistir a un parto, curar a una niña y ser más bonita que una estampa de un cuento de hadas?

—Tú sí que eres un figurín, sargento Bret. Estarías bien en un marco.

—Los dos en él estaríamos mejor.

—Compongamos un grupo familiar—propuso Ronnie, intervinendo.

—Dale agua a los caballos. Hemos de transmitir ese mensaje—le mandó Jim.

Abril, mirando a Jim de soslayo de vez en cuando, empezó a vendar diestramente la pierna rota de la niña. Jim seguía como hipnotizado el ágil movimiento de sus manos.

—Niska, tu pierna quedará más derecha que la espalda del sargento Bret—pero abandonó su tono humorístico y le miró con fijez—:

Jim, he sido destinada a Nueva Escocia.

La sonrisa, con que Jim quiso ocultar lo que le afectaba la noticia, tardó bastante en producirse.

—¡Nueva Escocia! Pero ¿ca que, aparte de los bacalaoa, hay allí otra cosa?

—Las órdenes son órdenes, incluso en mi servicio. ¡Niska!—exclamó arrebatando a la niña india un trozo de yeso—: Si comes eso, el estómago se te hará de piedra.

—¡Como tu corazón!—dijo Jim.—No puedo entenderlo.

—Ni yo sé cómo hacértelo entender, Jim. Tú no quieres comprender las cosas.

—Tú me quieres.

—¿Lo ves? Tú no preguntas; en seguida afirmas.

—Bien... pues, di, ¿me quieres?

—Tal vez... pero he de evitarlo. Tú eres bueno y recto contigo mismo y con el servicio, pero... ya ves, me tengo que ir. No soy una heroína.

—Todas las enfermeras de la Misión lo sois.

—No quiero tener que sonreír valerosamente cada vez que mi marido vaya a sofocar una rebelión o salga de patrulla al Polo Norte. Yo no le dejaría ir, no le soltaría.

—¿Cuándo te vas?

—El mes que viene.

—Puede que no.

—¿Os dicen las ordenanzas que vosotros siempre conseguís a la mujer que queréis?

—No, pero deberían decirlo.

Ronnie entró para avisar que los caballos ya habían bebido y Jim le despidió con tal talante, que su amigo se echó a reír con su hermana. Otra vez solos, antes de marcharse, Jim la cogió por las manos y la obligó a mirarle de frente, diciendo:

—Yo te seguiré a Nueva Escocia, al Afghanistan o a dónde sea, porque yo sé que mi único destino eres tú.

Dicho esto salió del hospital. Abril, con los ojos azules llenos de dulzura, siguió vendando unos momentos, tras los cuales rompió el silencio y preguntó a la madre de la niña a quien curaba:

—Niska, ¿crees que soy una tonta?

—¡Hum! —fué la lacónica contestación.

Tod Mac Duff seguía haciendo calستا en el porche y se puso en pie al aparecer Jim y al montar en su caballo. El sargento le escrutó el honrado semblante.

—Tú podrías ser una buena ama de casa. Entretanto, serás guía de la Policía Montada.

—Dan Duroc es mi mejor amigo,

Jim—repuso Tod—. Ni una noche hemos dejado de jugar a las cartas durante treinta años.

—¡Has de optar por un bando!— le mandó Jim, viendo que Duroc se les reunía.

—¡Mac Duff!—advirtió el mestizo—. No irás a servir a los guerreros rojos. No te enfrentes ahora conmigo, Mac Duff.

—Mi padre era escocés—replicó Tod—. Ayudó a crear el Imperio y ahora su hijo no les prestará ayuda a los que pretenden destruirlo.

Esta contestación satisfizo a Jim, que picó de espuelas en compañía de Ronnie, aunque diciendo, antes de apartarse de los dos amigos:

—El inspector te tomará juramento en Fuerte Carlton mañana.

—¡Veinticuatro horas, Jim!—gritó Duroc, que luego habló a Tod:—Tú y yo somos como hermanos, Tod.

—Sí, ya lo sé, pero... no puedo luchar contra la reina.

El impulsivo Duroc fué el objeto de un ataque de ira. Levantó el rifle contra su amigo, mas no se resolvió a usarlo. Blasfemando e insultándole apasionadamente, volvió el punto de mira del arma contra el punto más cercano. Era un cartel enorme; sin embargo, no disparó contra él. De un tiro maravilloso, que tenía el valor de aviso,

te cortó uno de los delgados cordones que lo sujetaban al techo de una ca-
baña.

—Si no luchas a nuestro lado, tal vez no luches con nadie—aulló.

—Me apenaría mucho tener que luchar contra ti—dijo Tod.

Para demostrar que no estaba nada impresionado, se echó su rifle a la cara y, con más presteza y habilidad que Duroc, su balaegó el

único cordel intacto del anuncio, que se desplomó con estrépito. Hecho lo cual, accionó la palanqueta de la recámara y observó a su amigo, agregando:

—Pero no puedo luchar contra la reina.

No en balde Tod llevaba en sus venas sangre escocesa, una de las razas más testarudas y valerosas de la tierra.

CAPITULO II

UN TEJANO EN EL CANADA

Entretanto Ronnie rogaba a un compañero suyo que le disculpase al pasar la lista de retreta y se escabullía del fuerte, Jim sostenía con el inspector Cabot una conversación acerca del mensaje entregado por Duroc. Después de leerlo, Cabot estudió al sargento que permanecía erguido como un huso junto a su escritorio.

—Ottawa no podrá decidir sobre esto en veinticuatro horas—comentó.

—Batoche arderá entonces y... prenderá a medio Canadá—fué el parecer de Jim.

—¡Hum! Un feo asunto—afirmó Cabot, preocupado—. Si los indios se levantan, correrá la sangre hasta la Bahía de Baffin.

El cornetín, tocando a retreta, puso en movimiento a los policías, que despidieron a los paisanos, mestizos, indios y blancos, que llenaban el patio del fuerte con sus mercancías y pieles. De mala gana

recogieron sus cosas y lentamente empezaron a desfilar por una salida lateral, protestando, pues a su parecer todavía era muy pronto.

Con los que salían, desoyendo las órdenes del centinela, se cruzó un forastero, montado en un bello ejemplar de caballo careto. Contrataba grotescamente con todo el mundo por su indumentaria. Un gran sombrero le cubría la cabeza y pegados a las caderas llevaba un par de grandes y ominosos revólveres. De pies a cabeza era una muestra patilarga, fleumática y agradable del típico cow-boy.

Como el centinela le cerrara el paso, el cow-boy preguntó por el jefe del fuerte y fué enviado hacia un pabellón, a cuyo porche scababa de salir el sargento Bret y esperaba junto con otros policías la llegada del sorprendente forastero. Este, deslumbrado por la bella postura del sargento, descabalgó con gracia y exclamó con lento acento:

—¿El Arcángel San Gabriel?

—Todos los paisanos han de salir del fuerte al toque de retreta. Vuelva mañana—contestó Jim.

Pero el cow-boy no se arredró ante este aviso e hizo algo que hinchó de risa las mejillas de los subalternos del sargento. Con una sangre fría envidiable, le entregó la brida de su caballo y pasó junto a él, diciendo:

—Gracias. ¿Quiere usted tenerlo un poco? Es casi un toro y no le gusta el rojo.

El sargento arrojó la brida a uno de los risueños policías y persiguió al desconocido, que ya había llegado a la puerta del despacho del inspector. Este recibió una sorpresa inmensa al saber que "un hombre de Texas" descaba entrevistarse con él. Hízole pasar y el tejano tocóse con dos dedos el ala del sombrero.

—Me llamo Dusty River, batidor de Tejas. He llegado hasta aquí buscando a un hombre requerido por asesinato.

—Ordenanza, que venga el sargento Bret—avisó el inspector.

Del bolsillo interior del chaleco, Dusty sacó un sobre y fué colocando delante de Cabot sus documentos a medida que los nombraba.

—Mis credenciales, mi nombramiento de comisario rural y el vis-

to bueno del Gobierno canadiense.

El inspector estudió los papeles y no tuvo nada que oponer. Además, creyóse en el deber de mostrarse amable, todo lo amable que su carácter británico le permitía. Dijo, por consiguiente:

—¡Hum, hum! Tengo noticias de esa... organización.

—Gracias... y yo de la de ustedes—fué la mordaz contestación.

Cabot se quedó desconcertado por la réplica, pero afortunadamente entonces se presentó el sargento Bret, que se cuadró delante de él, con una marcialidad y disciplina asombrosa. Dusty le contempló con algún respeto.

—Gracias. Llega en momentos difíciles—exclamó el inspector—. ¡Ah, sargento Bret! El señor Rivera, de los batidores de Tejas... Tejas, de los Estados Unidos.

Los dos hombres se saludaron con reserva, que compartía el inspector debido a la indiferente postura de Dusty.

—Los batidores es una organización policiaca parecida a la nuestra... en ciertos aspectos—agregó con algún esfuerzo—. Está aquí en comisión de servicio. Cuida de que le den comida, alojamiento y un baño. Y que cumpla todas las ordenanzas.

El sargento hizo seña a Dusty

do que le siguiera, pero éste titubeó:

—Le... agradezco su amabilidad, pero yo quisiera seguir mi...

—¿Querrá seguirme?—le ordenó el sargento.

Y como el inspector ya no le hacía caso, fué en pos del sargento, el cual le condujo al dormitorio del fuerte, en donde los policías se disponían a pasar la noche. Al cruzar el recién llegado por entre las camas, las conversaciones se fueron cortando y todos los ojos se clavaron en él. Distraído, y gracias a su alta estatura, su cabeza chocó contra una de las lámparas.

—¡Inconvenientes de ser bajito! —exclamó Jerry.

Hubo una tempestad de carcajadas que no inmutaron al tejano. El sargento sonrióse con malicia y acallólas con un ademán.

—Muchachos, os presento al señor Rivers, de los guardias de Texas.

—Batidores—corrigió débilmente Dusty.

—Se ha escapado otro criminal de los Estados Unidos y viene tras él. Puede dormir en ese catre, sheriff.

Dusty movió los labios como si fuera a hablar, pero prefirió callarse. Sentóse en el borde de la cama y saludó a su vecino más próximo,

que le correspondió de igual manera. Después, atendió a la ceremonia de pasar lista. La voz del sargento vaciló al nombrar a Ronnie; su cama estaba vacía. Jerry apresuróse a contestar:

—Tenía dolor de cabeza y salió a que le diera el aire.

El sargento no protestó.

El "dolor de cabeza" de Ronnie era Louvette, que le aguardaba en un cobertizo henchido de viveras. Ambos jóvenes se abrazaron y Ronnie se excusó de su tardanza, puesto que había estado pelando patatas. El rostro de la celosa mestiza se iluminó.

—Entonces ya no te como el corazón, sino que lo encerraré aquí dentro con el mío.

—Me gusta el castigo... Ten... ¿Valdrá para candado? —sonrió, ofreciéndole un anillo con una piedra preciosa.

—¡Oh, Ronnie! Esto encerrará juntos a nuestros corazones. Pónmelo tú mismo, ¿eh? ¿Qué es?

Se refería al siseo con que Ronnie la obligó a callarse. Pasaba el centinela y los dos se agazaparon. Pasó el peligro y reanudaron la conversación.

—Si ese maldito centinela te llega a encontrar aquí, te arranca el pellejo a tiras.

—Es posible que la policía no

me deje volver al Puesto—anunció Louvette sombríamente—. Mi padre ha vuelto.

—¿Quién es tu padre?—se alarmó Ronnie.

—Dicen que es muy malo—contestó con salvaje ingenuidad—. Sólo me acuerdo de que una vez estaba asando carne de oso... y me abrazó con ella.

Ronnie la estrechó contra sí protectoramente, con un volcán de ira en el pecho. Louvette se pegó a él consolada, llena de amor.

—¡Ah! Pues te digo una cosa. Si él no me muerde, yo no le morde-ré.

—¡Por Dios! No dejarás que mi padre nos separe, ¿verdad?

—Escucha, gatito salvaje. Tú lo eres todo en el mundo para mí... y nada ni nadie conseguirá apartarme de ti.

Ronnie recibió inmediatamente el premio de este abnegado y resuelto propósito.

—¡Te quiero tanto, que a veces este cariño me hace sufrir mucho!—suspiró Louvette.

—Esta vez me harán pelar patatas toda la vida—suspiró, a su vez, Ronnie, adivinando que el tiempo iba a volar al lado de su amada.

En el dormitorio del fuerte, los policías charlaban con el hurión tejano, al que nada podía sacar de

quicio. Douglas, su vecino de catre, le estiró complaciente las botas y pudo comparar las enormes espuelas del batidor con las diminutas suyas.

—¿Qué montan en Tejas? ¿Elefantes?—indagó sorprendido.

Las espuelas de Dusty pasaron de mano en mano, mientras él, con mucha cachaza, observaba el efecto, diciendo:

—Nos vienen muy bien si se le rompe una rueda al carro.

—Un tío mío estuvo en Tejas una vez. Sir William Wade. Quizá lo conoció.

—Una vez ahorcamos a un tal Bill Wade—dijo Dusty.

—Seguramente no era ese William.

El sargento Bret hablaba con el cabo, recomendándole que le comunicara la hora a que volviera Ronnie. Después, con cierta malevolencia, anduvo hasta el tejano, que le contempló con sus ojos acorados.

—Buenas noches. La diana es a las seis.

—¿La qué?—se extrañó Dusty—. ¿La tía Ana? ¡Ah, la tía Ana! Yo no sabía que ustedes eran familia y que los cuidaba su tía.

—¿Qué tontería!—dijo un policía.

—¿No los despiertan a ustedes

con un toque de corneta?—investigó Jim.

Dusty simuló asombro dejándose caer sobre el catre, en donde luego se quedó extendido, con las manos detrás de la nuca y con una apariencia bonachona, que casi era un insulto para el sargento, a quien, por una razón ignorada, no gustaba ni poco ni mucho.

—¡Claro, al toque de...! ¡Ah! ¿Decía usted Diana? Ya me extrañaba a mí que a sus años no tuvieran aún nodriza.

El sargento, que no estaba acostumbrado a que le tomaran el pelo, y menos todavía delante de sus subalternos, se amostó.

—Duerma usted tranquilo... Al que busca... ya le cogemos.

—Ya contaba yo con estar en casa el cuatro de julio—dijo Dusty como si se sintiera muy aliviado.

—¿Su cumpleaños?

—No, el de mi tío Sam.

—Una fiesta norteamericana—sugirió Jerry.

—Sí, es el aniversario de nuestra Independencia—declaró Dusty con aire inocente.

La broma casi era sarcasmo y de momento todos se callaron ofendidos. El recuerdo no era muy agradable para un inglés. Un policía se encargó de contestar con amargura:

—Después de haberles criado y protegido durante siglo y medio.

—No le haga caso. Es muy leído—se burló Jim también.

—Apreciamos a nuestra madre—terció Jerry.

—Es lo que suelen hacer los hijos bien educados—afirmó Dusty.

—Es un deber saber apreciarla. Descanse, sheriff—se despidió Jim.

Ló de "sheriff" no parecía alegrar mucho a Dusty, pero no se mordió la lengua, antes bien repitió:

—Buenas noches. Pero insisto en que quiero estar en casa el cuatro de julio.

El sargento prefirió hacer oídos de mercader y se encaminó hacia la puerta, junto a la cual se detuvo un segundo para decir en voz alta y sonora:

—Hay que preparar los caballos mañana por la mañana. Quizá haya jaleo. Apaguen. Buenas noches.

Se las desearon a su vez y empezaron a desnudarse, quitándose las rojas guerreras y comentando la noticia de que habría jaleo con diversas emociones, pero en todos destacaba la ansiedad por la lucha. Dusty se había quitado la camisa, bajo la cual apareció una camiseta de lana encarnada, que arrancó gritos de alegría a los policías.

POLICIA MONTADA DEL CANADA

—En el fondo también es guerrera roja—gritó Jerry.

—¿Es el traje de gala de los batidores?

—De media gala — respondió Dusty cortésmente, despertando su hilaridad.

El tejano se desabrochó el biricú y las pesadas armas chocaron contra el tabique, produciendo un sonido sordo, que atrajo la atención de Jerry.

—¿Para qué lleva dos pistolas, amigo?

—Porque así llevo más lejos.

—La verdad, me gustaría visitar Tejas algún día — terminó Jerry, tumbándose, muy interesado.

—Pues, hágalo. De vez en cuando se maten canadienses en nuestra tierra.

Un policía fué apagando los quinqués y reinó la penumbra. Algunos empezaron a cabecear, mas antes de dormirse por completo, oyeron a Dusty que decía para sí:

—Yo persigo a uno de ellos... Buenas noches.

CAPITULO II

EN PIE DE GUERRA

Dos policías, Fenton y Grove, patrullaban por la selva al día siguiente de los sucesos descritos. De pronto, desde la ladera de una colina y entre los grandes pinos, columbraron a una caravana de pesados cartomatos, escoltada por numerosos hombres.

—El segundo carro parece que tenga hidropesía—dijo Fenton.

Lanzando gritos, los policías descendieron la ladera en dirección del camino. El hombre que marchaba a la cabeza de la caravana, hizo girar de grupas a su corcel y contrajo el movimiento que un jinete hercúleo hizo para desenfundar las pistolas. Eran Riel y Corbeau.

—Espera... Yo les hablaré—rogó Riel.

La caravana se detuvo, mientras los mestizos que la componían se agrupaban en torno de Corbeau, en espera de los acontecimientos. Riel se quitó el sombrero, en respuesta del saludo de ambos policías, fin-

giendo una calma que estaba muy lejos de sentir.

—¿Qué hay en los carros?—indagó Fenton.

—Véanlo... si quieren — ofreció Corbeau, amenazador.

—No. No tienen orden de registro—objetó Riel.

—No estamos en tiempos normales—dijo Fenton.

El y Grove registraron el primer carro y no hallaron nada sospechoso. No ocurrió así con el segundo, cuya apariencia obligó a decir a Fenton:

—¿Qué ruedas tan raras para un carro! ¡Destápele! ¡Ande, destápele!

—Levante esa piel — intervino Grove.

Como ninguno les obedecía, Fenton desmontó y corrió la lona. El grueso cañón y la manivela de una ametralladora destellaron bajo el sol. Los policías hicieron un movimiento de alarma.

POLICIA MONTADA DEL CANADA

—¡Dios mío! ¡Fíjate! — profirió Grove.

Con la celeridad del pensamiento, Corbeau abandonó toda prudencia. Desenfundó una de sus pistolas y de dos certeros disparos derribó a Fenton y después a Grove, que murió en el acto.

—¿Por qué has hecho eso?—se lamentó Riel—. Podíamos hacerlos prisioneros. No había por qué derramar sangre.

—Tú también estás complicado en esto—dijo rudamente Corbeau—.

Ya no puedes volverte atrás... ¡Andando! ¡En marcha!

Los mestizos taparon apresuradamente el carro y azotaron a los caballos reemprendiendo su ruta, que más parecía una fuga. Las ruedas de los carromatos rozaron el cuerpo de Fenton. Ningún asesino se percató de que Fenton hacía esfuerzos inauditos por incorporarse sobre las muñecas. El miedo hace imprudentes a los hombres.

Sin embargo, toda precaución hubiera resultado inútil, por cuanto Fenton cayó contra la tierra, hundiéndose el rostro en ella.

* * *

En Fuerte Carlton el inspector se paseaba impaciente por su despacho, preocupado por la tardanza de que la capital daba muestras en contestar el mensaje de Duroc. Era una situación propia para desesperar al más bregado.

Mientras Cabot se agitaba, el patio del fuerte era teatro de una animada escena, que hartaba la curiosidad de Dusty, el cual se estaba aburriendo por la pausa con que las cosas sucedían en el Canadá. La escena mencionada, la ofrecían los mercaderos y traficantes en pieles, con sus discusiones, gritos y regateos, y los pintorescos grupos de pieles rojas, que andaban en medio de sus amigos, eventuales, los policías.

Louvette, sentada en una esquina del porche, voceaba las pieles de armiño que el día anterior había robado. Atraído por su belleza, Dusty le cogió los armiños de las manos y pasó el dedo por su suave superficie.

—Lo que tú tienes es lo más an-

tiguo de la Creación—explicó a la mestiza—, sólo que entonces tenía forma de manzana, no de pieles.

—Yo no vendo esto por una manzana.

Tod Mac Duff, que acudía a prestar juramento, descubrió a la pareja desde lo alto de su penco y supuso que Dusty estaba a punto de ser víctima de las trampas de Louvette.

—Forastero, no vaya usted a comprarle ninguna piel a esa hija de Belcebú... Las ha robado.

—¡Eso no es cierto, traidor maldito! ¡Mestizo de escocés!—chilló la joven—. ¡Te voy a degollar!

—¡Raterilla desvergonzada! Te voy a tender sobre mis rodillas y a darte una azotaina.

Louvette sacó un cuchillo de su cinturón y voló hacia el escocés, que se preparó para cumplir su amenaza bajando del caballo. Dusty, prometiéndose pasar un buen rato, se sentó en un tronco y abrió bien los ojos.

Tod jugueteó un buen rato con

POLICIA MONTADA DEL CANADA

Louvette, que le insultaba como una furia, y le retorció las muñecas, arrebatándole el cuchillo. Luego, sin excitarse, se acomodó en un escalón, la tendió sobre sus rodillas y su cónica mano azotó a la mestiza con el ritmo y precisión de un verdugo bien adiestrado.

Los chillidos y gemidos de la joven fueron reconocidos por Ronnie, que apareció como una exhalación y se arrojó sobre Tod, con el puño enarbolado, para rescatar a su amada.

—¡Suelta a esa mujer o te salto los dientes!—ordenó a Tod.

—¡Logan! —gritó Jim, interviniendo—. Tod, ve a la jefatura a prestar juramento... ¡Louvette, ya te he dicho que no vengas a este fuerte!

—¡Pronto dejaréis de ser los amos! ¡Muy pronto! ¡Auaa!

—¡Anda, anda, vetel... ¡Espera! ¿De quién es ese anillo?

Pero el sargento no requirió contestación para saber a quién pertenecía. Ronnie le miraba con desafío. Jim apretó las mandíbulas y le habló en tono de mando, empujándole hacia un rincón:

—Logan, tengo que hablar contigo. Ya te previne contra Louvette.

—En mis asuntos no te metas.

—Me meto porque quiero apartarte de esa ladronzuela.

Ronnie cerró los puños al oír el epiteto y dió unos pasos hacia Jim.

—No sé cómo no te abofetee... La odias porque tiene sangre india.

—No, sino porque es mala.

—¿Qué cara pondrías si yo me casara con ella?—desafió—. ¿Y por qué no? No creo que haya...

—¿Tú sabes quién es?—protestó Jim.

—Sólo sé que será mi mujer—se apasionó Ronnie.

—Es la hija de Jacques Corbeau.

La lengua se pegó al paladar de Ronnie. Iba a desmentir a Jim, pero no pudo, pues un carronato entró en el patio del fuerte como una centella, disolviendo los grupos de vendedores y compradores. Ronnie y Jim saltaron hacia él. Era el carro de Abril y lo habían reconocido. Dusty no se quedó atrás, contagiado por primera vez de la actividad de los policías, que rodeaban al carro formulando atropelladas preguntas.

Dusty se absorbió en la contemplación de Abril. Jim no perdió un segundo. Había descubierto a dos hombres ensangrentados en la plataforma del carricoche y aquello significaba que no debía distraerse. Un ordenanza fué encargado de lla-

mar al médico y a los enfermeros, pero incapaces de esperar a éstos, los policías miraron a su sargento.

—Saquen a ese hombre — mandó Jim, señalando al cadáver de Grove.

—A éste primero — corrigió Abril—. Este ha muerto.

—Cabo, hágase cargo del cadáver... Cuidado, que está mal herido.

Otra orden de Jim expulsó del fuerte a todos los traficantes. Se llevaron a los heridos y Dusty ayudó a bajar del carricoche a la enfermera, que le miró extrañada durante un segundo, antes de desaparecer en el botiquín. Dusty siguió sus huellas como un sonámbulo.

Poco más tarde, hecha la primera cura a Fenton, éste empezó a dar señales de vida, que apartaron a Dusty del mapa anatómico que le obsesionaba con sus horrores. El tejano lió un cigarrillo, escuchando el interrogatorio del inspector, que inquiría detalles de Abril, sin apartar los ojos de la hermosa joven.

—¿Dónde los encontró?

—Yendo a Red Barry. Yo iba a ver a un enfermo.

—¿Cuánto tiempo calcula usted que llevarían allí?

—Debió ser poco antes de llegar yo.

—¿Oíste algún tiro?—dijo Jim.

—No.

—¿No halló ninguna huella? ¿Huellas de carro, por ejemplo?

—Las había, sí, señor, pero no sé decir cuántos carros serían—respondió Abril, acariciando la frente de Fenton.

—¿Pudo decirte algo Fenton?

—Intentó decirme algo, pero...

Fenton rebullió con más fuerza, llamándoles la atención. Hasta Dusty se inclinó sobre él. El herido les miraba con sus ojos desorbitados.

—Oígame, Fenton, ¿qué pasó?

—La llevaban en un carro, señor.

Una... ametralladora—gimió.

—¡Una ametralladora! — gritó Cabot.

—¡Tal vez llevaban armas a Duroc!—sugirió Jim.

—¿Reconoció usted a alguien?—preguntó el inspector.

—No, señor... pero... uno montaba una silla extraña—suspiró Fenton, desmayándose casi.

—¿Fenton! ¿Fenton! — rogó Cabot—. ¿Puede describirnos la silla?

Dusty habló por primera vez y su certera pregunta les dio a entender que no era tan tonto como se figuraban. Se dobló sobre el herido y afirmó, más que preguntó:

—¿Tenía un gran pomo de plata?

—¡Muy grande... como nunca la había visto!

Dusty respiró satisfecho y se calmó como si no existiera, siendo necesario, a fin de que comunicara su suposición, que los ojos de los tres hombres y de Abril le conminaran a ser explícito, cosa que no le alegró mucho.

—La silla que vió fué de las de charro mejicano... y tal vez la montaba el hombre que persigo: Jacques Corbeau.

—¡Corbeau! — exclamó Jim, mirándole interesado.

Pero el inspector no estaba de humor para admiraciones y despidió al sargento con la orden de mandar tocar a botasillas y de formar una patrulla de veinte hombres. Luego, encaróse con Abril y le estrechó la mano.

—Ha hecho una gran obra, señorita. Quédese en el fuerte; en Batoche peligra.

—Gracias, pero tengo varios pacientes en mi hospital — replicó Abril con sencillez.

El inspector giró sobre sus talones y se marchó del botiquín. Dusty encendió un cigarrillo y se lo puso en la boca de Fenton, tras lo cual se detuvo un momento junto a Abril y la llenó de consternación al decir soñadoramente:

—¡Quién fuera uno de ellos!

El toque de botasillas sacudió a los policías, excitados por el aten-

tado. Unos se vistieron la guerrera, otros abandonaron sus quehaceres, otros llegaron de los cobertizos más lejanos, todos entrando en las cuadras como perseguidos por el diablo, recogiendo sus sillas de montar y cinchándolas a los caballos con la precisión y rapidez del que está bien entrenado.

El sargento Jan se multiplicaba. Leyó la orden del día a los guardias, en la que se recomendaba no hablar con los pañanos: en el patio, atendió al aprovisionamiento de provisiones de boca, de útiles, tales como herraduras, cuerdas, etcétera, y todavía tuvo tiempo de bromear con sus subalternos, que formaban precipitadamente.

Dusty, al que su lentitud característica había hecho llegar en último lugar a la cuadra, cargado con su pesada silla de montar, percibió cómo desaparecían los policías rezagados y se detuvo boquiabierto.

—¡La verdad es que sabéis apañar de prisa! — alabó.

El clarín tocaba a formar. Los policías se alinearon. Un ordenanza condujo un par de caballos al carro de Abril, que observaba los preparativos sentada en el pescante.

—¡Miss! Un tronco de refresco. Orden del inspector.

—Gracias, yo lo engancharé—dijo la joven.

Mientras los policías evolucionaban, según las órdenes de un cabo, Dusty comparó llevando a su caballo de la brida. Abril enganchaba los caballos. El tejano soltó el auyo, se tocó el sombrero con la mano y ofreció a la enfermera:

—Deje, ya lo haré yo, señorita.

Abril permitió atalajar a Dusty, estudiando sus sobrios y diestros ademanes. El batidor hizo retroceder a los caballos y voceó:

—¡Atrás, caballito dichoso!... ¡Soo!

—Pues son de la policía—anunció Abril, otra vez en el pescante.

Dusty la contempló durante un segundo y se entregó a su tarea, terminada la cual se acomodó en la vara del carro con muestras evidentes de querer entablar palique, al que Abril parecía estar dispuesta, pues no le quitaba los ojos de encima.

—Son unos chicos magníficos, ¿eh?—comentó Dusty, por los policías.

—Los mejores.

—Yo me llamo Dusty Rivers—le confió.

—¿Dusty Rivers? ¿Qué nombre tan raro!

—¡Oh! Hay cosas muy raras en Tejas, señorita... señorita...

—Abril Logan.

—¿Abril?... Oiga, ¿no me toma usted el pelo?

Jim se había dado cuenta del interés de Dusty y de la simpatía con que le recibía Abril. Sintió una punzada de celos. Aprovechando que los policías estaban a punto de partir se llegó al carro de la enfermera.

—¡Abril! Preferiría que no fuera a Batoche—suplicó.

—Sargento, ¿en qué sitio del pelotón he de ir yo?—preguntó Dusty.

—Usted no viene con nosotros—y Jim insistió—: Abril, ¡Riel está en pie de guerra.

—Perdone, sargento, pero yo iré con ustedes—intervino Dusty, que no se resignaba a ser dado de lado.

—Corbeau ha matado en el Canadá. Ahora nos pertenece a nosotros—explicó Jim con sequedad.

—Le pertenecerá al primero que le eche mano.

Abril adivinó que, por un motivo oculto, los dos hombres se eran hostiles. Ronnie desvió la tensión al querer dar un beso a su hermana, pero el sargento se lo impidió, enviándole a la fila. Dusty le dio una palmada en la espalda y aseveró:

—Oiga, yo me encargaré de be-

saría con mucho gusto si usted quiere.

Abril hizo una mueca de asombro. Jim, en cambio, se engalló.

—Tiene usted ciertas cosas que no me gustan—exclamó.

—No me crea usted la perfección significada—replicó tranquilamente.

—¡Esto no es Tejas! — advirtió Jim, dando un paso hacia él.

—¡Jim!... Creo... creo que yo me basto para decidir a quien tengo que besar—protestó Abril.

—No estoy tan seguro de ello—se enfureció Jim, apartándose de ellos.

Dusty contempló humorísticamente su tesa espalda y se encarró con Abril.

—Tiene usted que obedecerle — dijo ésta.

—¿Lo hace usted?

—No siempre.

—Bien, señorita, me basta con su opinión—sceptó Dusty levantándose.

Cabot salió a presenciar la partida de la patrulla. Dada la orden de marcha, Dusty se colocó en ca-

beza, junto al sargento, y trotaron en dirección de la salida. Precisamente entonces, el telegrafista se aproximó al inspector con un telegrama de la jefatura.

—¡Sargento Bret!—gritó Cabot.

—¡Que rompan filas, sargento!

Tuvo que repetirlo dos veces para que su subordinado lo entendiera. Hubo un murmullo de descontento, rápidamente reprimido. Dusty era el más maravillado. Condujo, pues, su caballo hacia el sargento, que se había apeado, y le preguntó con los músculos del rostro muy tensos:

—¿Qué pasa?

—Que nos quedamos — contestó Jim, dándole la espalda.

—¡Ah, yo no, amigo! Yo me voy por Corbeau.

—¡Tendré que arrestarle si se atreve a pasar por esa puerta!—gritó Jim volviéndose como si le hubieran golpeado.

—¡Inténtelo! — desafió Dusty, poniendo en práctica lo que había dicho.

El sargento, presa de furor, se abalanzó tras él. Iba a pasar algo...

CAPITULO IV

HOMBRES VALEROSOS

—Mi sargento, orden del inspector... Que se presenten usted, el señor Rivers y Mac Duff.

Gracias a la aparición de Jerry, no ocurrió ni se desencadenó lo que rugía, a pesar de su impenetrable rostro, en el pecho de ambos hombres.

En el despacho del inspector, los tres se alinearon a lo largo de la mesa. Cabot no estaba de buen humor. Sus manos se engarfiaban sobre un papel, cuya lectura le hinchaba la vena de las sienes. Por último, echó los hombros hacia atrás y habló con su dominio habitual.

—Contraorden de la Jefatura. No salir hasta haber sido reforzados por el coronel Irvine.

—Tardarán ocho días en llegar y Corbeau levantará antes a Oso Grande—exclamó Jim.

—Y a los Pies Negros—añadió el propio inspector, que comulgaba con los pensamientos que cruzaban por la mente del sargento.

La situación era imposible: casi suicida la impuesta inacción.

—¿No se les podría telegrafiar? —indagó Jim.

—No... Cortaron la línea poco después de llegar esta orden.

—¿Prohíbe la orden que salga algún explorador? —dijo Jim, y Cabot meneó negativamente la cabeza—: Si usted me da permiso, iré yo solo al campamento de Oso Grande para que algo leal.

Todo dejó de hacer calceta y dió un salto al escuchar la proposición del sargento.

—¡Ah, no! Habría que estar loco para hacer tal cosa.

Sin embargo, Cabot pasó por alto su oposición.

—Es arriesgado el servicio... pero le autorizo a hacerlo.

—Saldré en seguida — notificó Jim, yendo hacia la puerta.

—Y yo al mismo tiempo—añadió Dusty.

El sargento le echó a un lado y

se acercó implorante al inspector.

—Le agradecería, señor inspector, que me atase a este tejano.

Cabot vaciló, porque el ruego de Jim era sensato, ya que dejar solo por el país a Dusty sería, según su parecer, una fuente continua de preocupaciones. Dusty tradujo esto por el rostro del inspector, y repuso:

—¿Pero yo no voy a ir donde él?

—¿Pues dónde quiere ir?

—Yo creo que pescaría a Corbeau en Batoche. ¿No es el cuartel general de Riel?

El valor del tejano gustó a Cabot, pero, para que cediese, se tenían que considerar varias cosas.

—No puede detener a nadie en Canadá.

—Si es que necesito niñera, deme a este escocés.

Finalmente, el inspector se resolvió. El tejano era capaz de defenderse por sí mismo, y más todavía acompañado de Tod.

—Mac Duff, acompañe al señor Rivers y... espero que no les arranquen la cabellera.

—Yo haciendo de niñera a mis años... rezongó Tod muy alegre.

En el preciso instante en que Jim montaba a caballo, Abril salió del almacén del fuerte y vio que su carro había sido invadido por Dusty y Mac Duff. El primero estaba sen-

tado en el pescante y el segundo, por sugerencia del tejano, en la parte trasera, sujetando a los caballos por las riendas.

—¿A dónde va usted?—se intrigó Abril, acomodándose a su lado.

—A Batoche. Y quisiera que estuviera a mil millas.

—Este asiento es muy duro para tanto—se burló Abril.

—A su lado... me parece que estoy sentado en una nube.

Animó a los caballos y el carruaje rodó hasta la puerta, en donde tropezaron con Jim, que puso cara de pocos amigos al ver la compañía que llevaba la enfermera.

—¿Llevas nuestro camino?—preguntó ésta.

—No. El opuesto.

Picó de espuelas, simultáneamente a la acción de Dusty de azotar a los caballos de tiro. El policía contempló cómo se alejaban y se desesperó al percibir que Dusty se volvía hacia él y le gritaba estentóreamente:

—Le enviaré una postal.

Ya en plena selva, Dusty soslayó con la mirada a Abril, que hacía lo mismo de vez en cuando, y rompió el silencio, diciendo:

—El Canadá es muy diferente de lo que me había imaginado.

—¿El paisaje?

—No... La gente.

POLICIA MONTADA DEL CANADA

Abril sonrió para sí y Tod tendió el oído, muy divertido por la osadía del tejano.

—No creo que haya tenido tiempo de conocerla aún.

—A primera vista se suele juzgar... Quiero decir que... a un hombre se le puede apreciar por la forma en que trata a su caballo, pero, a una mujer, no.

—¿Cómo se imaginaba a las mujeres canadienses?

—Igual que el paisaje, que, aunque es muy hermoso, resulta frío. Pero usted no es así.

Abril lanzó una carcajada cristalina, entretenida por los avances del pintoresco tejano, pues, al fin y al cabo, era mujer y hermosa.

—Yo siempre creí que los americanos, ocupados en construir, vender y pegar tiros, no tenían tiempo para decir cosas bonitas a una mujer.

—¡Ah, lo tenemos de vez en cuando!

—Eso quien podrá apreciarlo será su esposa.

—¿Qué esposa?—dijo, observándola—. Yo siempre había sostenido que un soltero es el hombre que nunca comete el primer error... Lo creía... hasta ahora... ¿Usted cree que una planta o algo de aquí conseguiría aclimatarse en Tejas?

—Yo... no conozco Tejas.

—¡Hasta la luna es cálida y suave a orillas del río Pecos!

Este lírico arranque de Dusty, promovió una pregunta de Tod, que había escuchado la conversación con una irónica sonrisa de complacencia.

—¿Tienen caballos rápidos en Tejas, señor... Rivers?

—¡Los más rápidos que hay!—contestó Dusty.

—¿Más aun de lo que van sus hombres?

Dusty se encogió como si le hubieran echado agua fría por la espalda y se ruborizó como un colegial, aruzando a los caballos para disfrazar su confusión, aumentada por las risas de Abril y de Tod. Faltaba poco para entrar en Batoche cuando un tropel de gente cargada y despavorida les salió al encuentro. Dusty tiró de las riendas y Abril se dirigió a una mujer pálida y asustada.

—¿Qué pasa, señora Burns?

En cuatro palabras se lo refirieron. Los mestizos habían asaltado la factoría y expulsado a los habitantes blancos de sus casas. Duroc había querido imponer orden, pero desde que Corbeau había llegado allí...

—¿Corbeau?—gritó Dusty—. ¡Usted perdona!

Levantó el látigo y aró a los caballos, que partieron al galope.

POLICIA MONTADA DEL CANADA

La casa más grande de Batoche había sido escogida como sede del nuevo Gobierno canadiense. Repleta de bote en bote de mestizos, armados y feroces, resonaban en ella las palabras del discurso de Corbeau, prometiendo levantar a diez mil indios, con los cuales expulsarían a la Ley de aquellos territorios.

Calmado el griterío y los aplausos con que celebraron a Corbeau, Riel tomó la palabra, con un destello de fanatismo en su sensitivo y débil semblante.

—¡Señores! Corbeau os ha prometido la ayuda de Oso Grande. Y cuando Oso Grande ponga a la nación Cree en pie de guerra, los Pies Negros se unirán a ellos. El fuego de nuestro furor consumirá a nuestros opresores, y de ese fuego surgirá, no una facción, sino una nación mestiza, libre e independiente...

No pudo proseguir. Las protestas de los hombres próximos a la puerta se lo impidieron. Hubo un

remolino en aquel lugar... Y entraron Dusty y Tod, escoltados por Duroc. Dusty, fresco como una flor primaveral, despreció a los presentes y rogó a Riel:

—No se detenga por mí; siga.

—¡Duroc! ¿Quién es? —investigó Riel.

—Un funcionario de los Estados Unidos. Quiere hablar con el Gobierno del Canadá. Por eso lo he traído.

Los mestizos, halagados por lo que creían buena señal, hablaron a la vez. Riel tomó asiento con una sonrisa de placer en los labios. Duroc se pegó a Tod, que entorpecía cuanto podía la buena marcha de las negociaciones subsiguientes. Dusty fué empujado hasta Riel y se metió la mano en el chaleco sacando el sobre con sus credenciales. Sus ojos tenían un destello irónico y astuto.

—Soy comisario de los Estados Unidos, señor Riel, y...

—¿Sabe mi nombre? —se enorgulleció el jefe de los mestizos.

—¡Ah, claro! ¿Quién no?... Traigo mis credenciales—continuó, exhibiendo el sobre, pero sin entregárselo—: Tendríamos mucho gusto en saber si el nuevo Gobierno desea tener con nuestro país relaciones amistosas.

—Los mestizos del Canadá tendrán a gran honor colaborar con los Estados Unidos—declaró Riel, no sin dignidad.

Dusty, inmediatamente, supuso la calidad moral de Riel. Era un ser juguete de las circunstancias, una especie de profeta entre su pueblo. Pausadamente, tornó a la carga, dejando caer sus palabras una a una.

—Supongamos que alguien cometiera un crimen en nuestro país y viniera aquí a esconderse —y se detuvo para permitir que Riel completara su idea y cayera en el garlito.

—Les ayudaríamos en todo, como esperamos que ustedes lo harían con nosotros.

—Me alegro, porque... ¡hum!, traigo una orden de detención contra un tal... Jacques Corbeau... acusado de asesinato.

Después, enmudeció serenamente. Los mestizos se arrojaron sobre él, teniendo que interponerse Duroc a fin de que no destruyesen al tejano, el cual, por otra parte, es-

taba tan frío como un témpano de hielo. Riel, puesto que las negociaciones no podían continuarse en aquel ambiente, levantó la sesión y lea hizo salir de la cabaña.

A medida que se marchaban Tod se mordía los labios, muerto de risa, sin querer fijarse en los gruñidos exasperados de Duroc, cada vez que éste reparaba en él. Incluso le dió un golpecito en el hombro y susurró:

—Le he puesto la mosca detrás de la oreja a Riel.

—¡Pues... yo te la pondré en la boina! — chilló Duroc—. ¡Te la arrancaré al primer disparo!

—¿Y qué te ha hecho mi pobre boina?—se enfureció el escocés.

—Así sabrás que seré yo quien te tirará el segundo, el que te meteré entre ceja y ceja.

Tod se pasó la mano por la cara, esforzándose por no estallar.

—Te voy a hacer una apuesta, Dan. Cincuenta centavos a que te meto una bala en tu vengativo corazón, sin que me arranques la boina de mi boina.

—¡Te acepto la apuesta! — gritó Duroc con una carcajada siniestra. —Y te cogeré el dinero del bolsillo, porque estarás muerto.

Riel, con una excusa, dejó solo a Dusty y se precipitó a la cuadra, en donde Corbeau hacía sus prepa-



—Niégel—exclamó—Añril atrelatando a la niña conla un
trozo de yeto.



El "dolor de cabeza" de Rurnio era Louvette, que le
aguardaba...



Louvette...



—Forastero, en vays usted a comprarle ninguno piel a
—es hijo de Bolívar—



—El Canalla es muy diferente de lo que me Nabia



La patrulla de la policía y Darcy se colocó junto al sargento, pero se volvió contrarios.



Darcy tranquilizado y se acercó a Corbeau sin lograr su propósito.



El velino, proyectado contra el suelo por el puño de Corbeau, quedase quieto un instante.



*Don't se subrealtó, ¡Las piratas estaban, un efecto,
descargando!*





—Dejé una nota a Jerry pidiendo que me haga quince minutos de guardia.



A duras penas conseguimos inmovilizar a Roubé.



Rouine era un tezdor! Today in pre-Islamic, taste for
heridote como los indios.

—Renné ou ha muerio Doucéré, abouirant en puerio



Las remordimientos de conciencia no permitían sonreír a Ronnie.



—Es usted muy bueno, Darry, pero ya no se puede hacer nada por mí.



rativos para su expedición a la tribu Cree. A renglón seguido, le explicó la prescucia del batidor en Batoche y los motivos que le guiaban. Corbeau no se inmutó.

—¿Y qué?

—Quisere una orden de mi Gobierno para detenerte.

—¿Y por qué no se la das?—preguntó con ferocidad.

—Porque has de levantar a los indios.

—Dale la orden dentro de dos horas. Dile que estoy con Oso Grande. Que me detenga allí.

—No saldria vivo del campamento—balbució Riel.

—No querrás que lo maten aquí, ¿verdad?... Entre los indios, ¿qué importa?

Las dos horas que Corbeau había pedido de plazo fueron bien aprovechadas por él. No obstante, tuvo que apechugar con la contrariedad de ver en la tienda del jefe de los Crees al sargento Brat. Ello no fué obstáculo para que Corbeau, con enorme impudicia, excitara a la rebelión a los pieles rojas, lo que fué bien acogido por los jóvenes bravos.

Así que Corbeau hubo concluido su perorata, Jim avanzó un paso hacia Oso Grande, extendiendo el índice hacia la medalla con la efigie

de la reina Victoria, que pendía del cuello del caudillo.

—¡Oso Grande!—amenazó—. La medalla que llevas es de la reina, la Gran Madre Blanca que os mandó comida cuando os moríais de hambre. Tu sabiduría no dejará que un embustero nos haga enemigos.

—Decir al hombre que reina no mandar—respondió el cacique, señalando a Corbeau—. Guerreros rojas ya no amigos.

—¡Este es nuestro amigo, que muere con mil dientes de fuego!—aulló Corbeau exultante.

Dió una palmada en la rueda de la ametralladora. Los indios jóvenes gritaron y sacudieron sus plumas. Corbeau ganaba rápidamente terreno, lo cual entrañaba la perdicción de Jim. Pero Oso Grande era muy prudente y no se decidía a obrar sin grandes seguridades. Por consiguiente, ordenó a Corbeau que les demostrara la eficacia de la ametralladora.

Corbeau rióse malignamente, regodeándose por anticipado en su triunfo. Los indios se apartaron a un lado, mientras él empujaba la manivela del arma. Mas en el exterior de la tienda oyóse un ruido especial, como el hervir de una caldera y, empujados, con las manos atadas a un palo puesto sobre el

hombre, entraron Dusty y Mac Duff.

Si Corbeau palideció al fijarse en el tejano, Jim estuvo en un tris de perder su admirable sangre fría. Los bravos se arrojaron sobre los dos cautivos y los amenazaron con sus hachas de guerra. Dusty recorrió con la vista el interior de la tienda y se acercó a Jim, señalando a Corbeau con la barbilla:

—Vaya, conque ya ha encontrado a Corbeau, ¿eh?

—¿Cae usted como un pedrisco! —murmuró Jim, que, sin embargo, se sintió aliviado, a pesar del trastorno de sus planes.

Oso Grande preguntó a sus guerreros quiénes eran aquellos hombres; antes de que Jim le informara, Corbeau se apresuró a hacerlo, sabiendo que si el policía hablaba, jamás lograría la alianza de los Crees.

—¡Espías para contar tus hombres!—aulló—. Su lengua miente... Dijo que venía solo.

—Este hombre no es espía—dijo Jim, sabiendo que el caudillo fiaba en su veracidad—: Viene de muy lejos para llevarse a Corbeau, que asesinó en su nación. También la Policía Montada quiere prenderlo, por asesinar aquí.

Hubo unos murmullos. El entu-

siasmo cedia. Corbeau estaba peligrando.

—¿Teméis a los guerreras rojas? —les acusó—. Su sangre es como la de otros hombres.

Dusty se interpuso entre el cacique y el asesino y declaró con frialdad:

—Escucha, gran jefe. Antes de entregar a ese hombre a la Policía Montada, ten en cuenta que tengo una orden de detención, no sólo de los Estados Unidos, sino de su propio jefe, Riel. Y si tú...

Corbeau, desesperado, lanzó su enorme puño contra la mandíbula del indefenso Dusty y lo proyectó contra el suelo. El golpe desagradó a los crees. El tejano quedóse quieto un instante, mientras sus ojos relampagueaban, no prometiendo nada bueno en lo futuro a su cobarde agresor.

—¿Y que me paguen para proteger a idiotas como éste! —gimió Jim.

Dusty se incorporó, esperanzado al notar que Oso Grande tomaba la palabra con un gesto autoritario y majestuoso, que hizo encogerse al asesino.

—No guerra con guerreras rojas, aun. Pero ellos no llevarse a mi amigo. Los dos venir solos, los dos irse solos...

Aquello casi suponía una decla-

ración de guerra. La labor de Jim estaba perdida. El sargento alargó el brazo y estiró de la medalla, arrebatándosela al jefe, en tanto que los indios avanzaban contra él. Un gesto de Oso Grande los detuvo. Jim dijo con dignidad:

—Oso Grande era un gran jefe. Sus amigos lo sentirán mucho. Si, puedes matarme y quitármela. Pero su poder se habrá ido. La Gran Madre Blanca te la dió para que tú le gobernaras a millares de sus súbditos. No serás jefe mientras ella no te la devuelva.

—Oso Grande se unirá a sus hermanos de sangre y luchará por Riel—aseguró Corbeau.

Los guerreros aclamaron a Corbeau. Oso Grande titubeaba, Dusty, entendiéndolo que el único muro que impedía que reinase la paz era el asesino, sin hacer caso de las protestas de Jim y de su perseguido, propuso:

—Oso Grande, tú eres un gran jefe. Tu fama ha llegado incluso hasta Tejas. Pero ¿cómo sabes quién lucha mejor? ¿La Policía Montada o Corbeau, el gran matador de hombres?... Este ha matado no sólo en Tejas, sino en el Canadá. Será un gran luchador tirando. Pero ¿le ha visto Oso Grande matar alguna vez? ¿Cómo sabe que lo que dice es cierto?

—¡Ahora vas a ver si es cierto!—dijo el asesino, sacando la pistola.

—Quiere demostrarlo... Bien, déjalo que mate ahora..

—¿Matar a quién?—preguntó el cacique.

—¡A mí!.. Poned mis revólveres en mis fundas y desatadme, que mantendré mis manos en alto. Y entonces dí a este "valiente" que demuestre lo que es.

Corbeau retrocedió remojándose los labios. Los indios, que respetan el valor sea quien fuere el que lo demuestre, accedieron a la petición de Dusty, cortando sus ligaduras y enfundando sus revólveres. Tod y Jim exclamaron su asombro ante la valentía del tejano. Este ya no les miraba; con las manos a la altura de los hombros, insultaba y escarnecía a Corbeau sin lograr su propósito. El asesino era un fanfarrón; sus manos sólo rozaron una vez sus pistolas, pero no se atrevió a sacar las armas. De repente, adoptó un partido y se volvió hacia el silencioso jefe.

—¡No quiero manchar la tienda de un gran jefe con sangre de perro! Lo que este hombre busca es salvar a sus amigos, los guerreros rojos, pero el poder de mi cañón les hará morder el polvo a todos. ¡Mira!

Apuntó contra las pinturas de la tienda y dió vuelta a la manivela de la ametralladora, la cual tronó y escupió plomo, dispersando a los indios espantados del estruendo. La piel de la tienda quedó rasgada y los indios lanzaron un ¡uf! de asombro. Entonces, Corbeau tomó la palabra.

—Antes de que el sol se haya puesto por tres veces, te traeré las guerreras de la Policía Montada, aún más rojas con la sangre y con más agujeros que una red.

—Traerme con tus manos sus guerreras vacías, llenas de sangre, antes de tres puestas de sol... ¡y mis bravos lucharán a tu lado!—prometió Oso Grande.

—Antes de que se ponga el sol tres veces, las manos de Corbeau lucirán grilletas. ¡Vámonos!—dijo Jim.

Los tres hombres se alejaron de la tienda sin ser molestados por los indios, muy preocupados en inspeccionar la ametralladora. A una veintena de metros de la tienda, Tod, que todavía estaba atado, se paró y alabó humorísticamente:

—La verdad es que ha sido una bonita diversión, ¿eh? Y ahora, si

me corta las ligaduras, le quedará muy agradecido.

—Ha estado bien, sheriff. Pero vámonos—apremió el sargento.

La admiración de dos hombres tan valerosos, llenó de orgullo al tejano. Pero, así que hubo libertado al guis de sus cuerdas, volvió a las andadas, queriendo encaminarse a la tienda del jefe, en tanto que respondía:

—Pero ¡es que yo he venido por ése!

No tuvieron necesidad de sujetarle, para hacerle volver de su acuerdo. Fué suficiente que Tod hablara con su especial tonillo nasal, diciendo:

—Creo que es lo mejor irnos... antes de que Corbeau se entere de que los indios le descargaron a usted las pistolas.

Dusty se sobresaltó. Desenfundó al momento sus armas e hizo girar los cilindros. En efecto, estaban vacíos. Las piernas le flaquearon. Jim y Tod sonrieron de su susto. Pero Dusty les cortó la sonrisa, cogiéndoles de los brazos y arrastrándolos a las afueras del poblado.

—¡Si llega a enterarse!—susurró—. ¡Vámonos!

CAPITULO V

LA EMBOSCADA DEL LAGO DUCK

El único vestigio de esperanza que quedaba, las relaciones de los factores y de los colonos con Oso Grande, fué pronto borrado por Higgins, el factor de lago Duck. Este hombre, cediendo a las instancias de su mujer, abandonó la factoría, sin preocuparse de hacer volar los diez mil cartuchos que había en ella, huyendo hacia el fuerte.

El inspector Cabot no le recibió precisamente con palmas y después de someterle a un severo interrogatorio, enterañado de reproches, lo despidió. Bret, Dusty y Tod habían asistido a él con el rostro sombrío, y al primero se refirió el inspector, después de unos segundos de meditación.

—Hay que ir por esas municiones, Bret.

—Muy bien, señor. Pero los refuerzos están al llegar — insinuó Jim.

—Con refuerzos o sin ellos, no

consentiremos que esas municiones sean de Riel.

—Estas palabras de Cabot les indignaron que la suerte estaba echada. Tod, parando el movimiento de sus agujas de hacer calceta, sacudió la cabeza dubitativamente.

—No me gusta nada este asunto.

—¿Por qué?—le apremió el inspector.

—Siento curiosidad por saber dónde encontrará Corbeau las guerreras rojas agujereadas que le prometió a Oso Grande.

—¡Hum! ¡Como si no mintiera nunca!

Sin embargo, quedóse pensativo. La cautela de Tod era de agradecer. ¿Acaso no serían el cebo de una trampa las municiones en litigio? No había reparado en esta eventualidad... considerable, ahora.

—Sargento, sítele centinclas que dominen la hondonada de Beady. Sólo allí podrían tender una embos-

cada, desde este lado del lago Duck. Hay allí una cabaña.

Era noche cerrada, cuando Jim, Ronnie y Jerry desmontaron ante la cabaña de la hondonada de Bear-dy. Jim les aclaró cuál era su objetivo. La laguna se veía a lo lejos. Si los de Riel cortaban la carretera de Prince Albert, tenían que pasar por el lecho del río y los centinelas los descubrirían.

—Cada uno dos horas de guardia y dos de descanso — concluyó Jim.

—Dos horas de pie y dos de espalda—se rió Ronnie.

—Y en cuanto veáis enemigos, corred a comunicarlo.

—Y durante ese tiempo las fuerzas mestizas, pues... — comenzó Jerry.

—Probablemente irán en otra dirección—le interrumpió Jim—. Os relevarán mañana... Uapaké. Abrid bien los ojos.

Jerry hizo el primer puesto, envuelto en su negro capote y empuñando el rifle. A pesar de su interés, no pudo advertir que los mestizos les rodeaban por todas partes, porque los habitantes de la selva eran sigilosos como las alimañas que las poblaban... Dos horas más tarde, le relevó Ronnie.

Abril estaba preparándose para más profundo de su alma. Abril se acostarse. Unos golpecitos en unapuso la capa y huyó del hospital.

ventana de la parte delantera del edificio, dados con una piedra, la guiaron hasta la entrada, que franqueó con precaución. Era Ekawe, acompañada de su hija Niska, la niña india de la pierna rota. Las hizo pasar. Ekawe se adelantó a sus preguntas, mandándole:

—Tú arreglar pierna niña.

Abril condujo a Niska a un sillón, sospechando que el enyesado le producía dolor. Fue en busca de sus instrumentos y estudió el vendaje. El rostro impasible de Ekawe no expresaba ninguna emoción al exclamar:

—Tá... tratarme bien... y yo querer ayudarte... Tá arreglar y... no mirarme... Guerreras rojas ir al lago Duck. Los mestizos esperar en bosque y matar guerreras rojas.

—Pero yo creí que Riel iba a Prince Albert.

—Es sólo para engañar. Quieren poner trampa a guerreras rojas en lago Duck.

—¿Una emboscada?... ¿Con la ametralladora?

—Tapu... Tu hermano vigila en vieja cabaña de hondonada Bear-dy. Esta noche lo van a matar, así él no podrá ver ni avisar emboscada.

Con un gemido, partido de lo más profundo de su alma, Abril se

Minutos más tarde, estaba frente a Louvette, a quien narró el peligro que corría Ronnie. Esta se echó a reír despectivamente y se pasó por delante de ella con altivez.

—Crees que quiero demasiado a tu hermano, ¿eh?

—¡Si es verdad que tú le quieres tienes que salvarle!

—¿Qué quieres decir? ¡Yo querré a Ronnie! Y por eso tú me odias... Crees que soy poco para él, ¿eh?

Mordió furiosa un pedazo de pan y jugueteó con su cuchillo, en tanto que Abril se retorció las manos, rogando al cielo que la inspirase para dar a entender a aquella fiera los auténticos motivos de su visita, que no tenían ninguna relación con su orgullo y celos de mujer.

—¡Si tú le quieres haz lo que te pido! Está de vigilancia... en la cabaña de la hondonada Beurdy. ¡Ve allá, Louvette! Dile que avise a la policía que no marche al lago Duck. No me dejan salir de Batoche; en cambio, a ti no te lo impedirán.

—¿Qué te has creído?... ¿Salvar yo a la policía?... Muy pronto mi padre tendrá todo el negocio del whisky y llevaré sedas y anillos. Eso le gustará a Ronnie, ¿eh?

—¡Si no le das aviso a la policía, Ronnie te odiará toda la vida!

Louvette avanzó hacia Abril con

las manos crispadas y estremecida por un temblor apasionado, que expresaba su triunfo de ver humillada a una mujer superior, a la que siempre había envidiado.

—Pudiera ser que matasen al hombre que tú quieres, a ese gran sargento, ¿eh? ¡Y tal vez una bala atraviese a ese indio escocés!... ¡Qué lástima!... ¡Maldita! Si tú crees que vales más que yo, ¡ve tú a salvarlos!

—Yo no valgo más que tú, Louvette. ¡Si tú quieres anillos, yo te los daré! ¡Pero no perdamos más tiempo!... Te lo pido de rodillas, por lo que tú más quieras.

Se hincó de hinojos delante de la mestiza, que, sentada en la mesa, balanceaba las piernas, insultantemente burlona.

—También ese cañoncito hará caer a los policías de rodillas. Y tal vez mañana noche los lobos darán buena cuenta de sus restos.

Abril se levantó como empujada por un resorte. Ya se había humillado bastante, inútilmente. Abrió la puerta de la cabaña y la volvió a cerrar, apostrofando a Louvette:

—Tú dices que quieres a Ronnie... y estás comiendo tan tranquila sabiendo que lo van a matar. ¡En ti no hay más que odio! Eres una salvaje, Louvette, una salvaje cruel,

cruel y perversa, que sólo sabe de sangre y venganza... no de amor.

Movió la falleba de la puerta, pero Louvette le volvió a hajar con todas sus fuerzas, herida por la última acusación de Abril. El milagro se iba a realizar.

—¿Yo te enseñaré lo que es amor!... ¿Qué quieres que le diga a Ronnie?

El cambio había sido tan brusco, que Abril se quedó perpleja, no creyendo lo que oía. Y achacó la transformación a la ineducada sensibilidad de la mestiza.

—Dile a Ronnie que preparen una emboscada a la columna en la hondonada Beardy.

—Descuida, que se lo diré... Ahora vete ya.

—¿No olvidaremos nunca lo que vas a hacer por nosotros?

—¡No!... ¡Nunca lo olvidaré!—aseguró Louvette con siniestra mueca, pero cuando ya estaba sola.

Ronnie irrumpió en la vizja cabafia de la hondonada con la celebridad de un gamo. Jerry se sobresaltó durante un momento, pero ya que su amigo sonreía, recobró el habla.

—¿Quién te persigue?

—Una liebre muy grande. Me viene pisando los talones.

—¿Macho o hembra?

—No me lo ha dicho.

Jerry supuso que Ronnie deseaba estar a solas para cazar la "liebre" y se marchó haciéndole una generosa oferta de su tabaco. Cuando Ronnie se quitó el capote y apoyó el rifle en el tabique, Louvette ya estaba en el interior, situada detrás de él, gracias a su sigiloso andar. Ronnie iba a indagar cómo se había enterado de que él estaba allí, pero ella, mimosa, le puso las manos en el pecho y le miró de hito en hito.

—Mi padre está furiosísimo conmigo. Se ha enterado de que yo estoy enamorado de ti.

—¿Por qué no me dijiste que Corbeau era tu padre?—dijo, apartándola.

—Esta noche... salió con muchos mentirosos. Habrá una gran batalla en Prince Albert, pero cuando vuelva...

—Contesta!—gritó Ronnie.

—¿Qué te importa quién es mi padre? Tú odias a Jacques Corbeau más de lo que quieres a Louvette.

—Igualmente estaría loco por ti, aunque tu padre fuera el mismo demonio—aseguró Ronnie acariciéndola—. Cuando acabe esta revuelta, me casaré contigo sin perder ni un momento.

—Ya será tarde... Mi padre me matará por querer a un guerrero

POLICIA MONTADA DEL CANADA

roja. Casémonos esta noche o no nos casaremos nunca. Los indios han matado hoy al cura de Frog Lake. Pero en Batoche, Duroc tiene aún al padre Picard, que enviará a Regina en cuanto salga el sol. ¡Por favor!... ¡El nos casará antes de irse!

—¡Pero no puedo irme de aquí!

—¡Estaremos de vuelta antes de que nadie se entere!... ¡No me digas que no!... ¡Te quiero tantísimo, Ronnie!

—¡Pero estoy de guardia! ¡Me ahorcarán, me fusilarán, me quemarán!

—Tú no me quites la culpa de mi padre.

Entablóse en el corazón de Ronnie una lucha terrible entre el amor y el deber. Poco a poco, este último iba cediendo a los embates de la pasión que tan hábilmente sabía atizar Louvette. Finalmente, cuando Louvette le amenazó con abandonarlo, la estrechó entre sus brazos y accedió, aunque lleno de remordimientos. Total, tardarían dos horas en marcharse y regresar, aparte de los diez minutos que el cura empleara en casarlos.

—Dejaré una nota a Jerry para que me haga quince minutos de guardia. Gruñirá, pero es buen chico.

Un segundo después, el caballo

de Ronnie corría al galope tendido por entre los enormes troncos, transportando a los dos amantes lejos del lugar en donde acechaba la muerte. Louvette había consumado su traición en parte e, inconscientemente, Ronnie se había hecho culpable del mismo delito.

Al apagarse el galope del caballo, las ramas de un arbusto, situado a una treintena de metros del paraje en donde Jerry montaba guardia, se movieron como agitados por la brisa. Con el mismo silencio que el aire, surgió la cabeza de un mestizo, luego sus dos brazos y por último un arco. Impulsado por su destino, Jerry giró sobre sus talones y se encaró con el arbusto. Inmediatamente, sonaron, casi simultáneos, el sonido de la cuerda del arco, el vibrar de la saeta y su golpe contra el pecho de Jerry, que cayó de rodillas intentando arrancársela.

—¡Ronnie! ¡Ronnie!... ¡Están aquí!—gritó el herido.

Se incorporó y agarró su rifle. Una nueva flecha se hizo junto a la anterior y le tendió en el suelo. Jerry, con heroica voluntad, se arrastró hacia la cabaña, cuya puerta golpeó cada vez más débilmente, gimiendo:

—¡Despierta, Ronnie!... ¡Corre...

al fuerte!... ¡Los mestizos... vienen!... Avisa... ¡Emboscada!

Se oyó el ronquido del estertor del moribundo. Luego, nada. Los mestizos habían ganado la partida.

Ronnie, en Batoche, se extrañó del silencio del poblado. Louvette le ordenó que descabalgara ante su cabaña, explicándole el motivo de la falta de vida. Los mestizos habían ido a Prince Albert.

Empujó la puerta y dejó pasar en primer lugar a Ronnie. Lo rozó en la oscuridad, dirigiéndose hacia el hogar en busca de un ascua para encender el candil. Apenas hubo aplicado la brasa a la mecha, el comentario que Ronnie hacía de la oscuridad murió en su boca...

Tres hercúleos y semidesnudos pieles rojas le atacaron por la espalda, brotando de detrás de la puerta. Ronnie forcejeó con ellos, arrojando uno contra el suelo y suplicando a Louvette que le diera la pistola. La mestiza, livida, no le obedeció y siguió las incidencias de la lucha con las manos apretadas sobre el pecho.

A duras penas consiguieron inmovilizar a Ronnie durante un momento. El policía despidió a dos de sus captores... Sin embargo, su resistencia era inútil. Pronto estuvo atado a una silla, con las manos apretadas a la espalda, insultando a

Louvette con toda la pasión del traicionado.

Louvette dió unas pieles de armijo a los indios en pago de su servicio y los echó a la calle. No duró mucho la ilusión que Ronnie se había forjado de verse libre cuando las pieles rojas desaparecieron. Louvette se sentó en la mesa delante de él y suspiró:

—Te tendré escondido aquí. Si no lo hiciera... te matarían como a los otros.

—¡Tienes un corazón de lobal— gritó Ronnie, sacudiendo los nudos—. ¿Matar?... ¿Quiénes son los otros?

—En el bosque del lago Duck... os tenderán una trampa... un millar de mestizos.

—¡Aniquilarán al destacamento! ¡Perecerán todos!—gimió Ronnie.

—Sí... Pero a mí sólo me importa tu vida.

—¡Asquerosa squaw! ¿Por qué no me lo dijiste?... Te he de matar cuando esté libre.

—¡Cuando estés a salvo... haz de mí lo que tú quieras!

Y la cabeza de Ronnie, dominada por la rabia, cayó sobre su pecho.

El lago Duck era una especie de cazuela natural, cuyos bordes estaban cubiertos de pinos y de espesos arbustos, que se hacían más es-

POLICIA MONTADA DEL CANADA

casos a medida que descendían al agua. Los mestizos aprovecharon las condiciones del terreno, apostándose en lo más abrupto de la espesura, de manera que rodearon el lago por todos sus lados y formaron extensos parapetos con grandes troncos. El único punto flaco del paraje era el lugar de entrada y de salida del camino, para seguir al cual se tenía que vadear el lago.

Al amanecer, la Policía Montada, capitaneada por el inspector, avanzó precavidamente hacia el vado, en correcta formación. El punto de mira de la ametralladora las cubrió por completo y Corbeau aguardó a que adelantaran algo más antes de dar la vuelta a la manivela.

Dusty, Jim y dos policías se llegaron a la hondonada. El cadáver de Jerry, del que sobresalían las astas de las dos flechas, retorcido y rígido, les narró la tragedia. Jim lo inspeccionó, en compañía de Dusty, y ordenó a los dos policías:

—¡Vuelva a la columna y avise que han asesinado al centinela! ¡Peligro inminente de enemigo!... ¡Al galope!—Y mientras los cascos repiqueteaban, indicó a Dusty, que no se había movido—: Más vale que vaya con la columna.

—Gracias—dijo Dusty, pero no se marchó.

Penetraron en la cabaña y la recorrieron con la vista, buscando alguna huella del paradero de Ronnie. Las mantas y los objetos esparcidos delataban bien una marcha precipitada, bien alguna violencia. Jim encontró en el suelo un collar, que inmediatamente reconoció como de Louvette.

—Esa mestiza lo ha cogido.

Esta afirmación la hizo para sí, pero Dusty la percibió claramente. Jim vio que liaba un cigarrillo, estudiando una nota clavada en el borde del hogar. Miró sobre el hombro del tejano, que encendía el cigarrillo. Era una invitación de boda para Jerry. Indicio de desertión en otras palabras. Ronnie había desertado. Dusty aplicó la cerilla encendida al papel, que ardió y se consumió antes de que el sargento lograra impedirlo.

—Eso es destruir una prueba—le reprochó.

—Que le colocaría ante el pelotón de fusilamiento.

—Si toda la columna cae en una emboscada mortal, se lo tendrá merecido.

—Yo pienso en su hermana. ¿Cree que esa muchacha debe pagar las culpas de su hermano?

—Otros ya las están pagando en este instante—aseguró Jim, lanzándose hacia los caballos.

POLICIA MONTADA DEL CANADA

En efecto, Corbeau había dado la señal de fuego, disparando su ametralladora. El resultado fué catastrófico para los policías. Los cuerpos de varios rebotaron en el agua, mientras sus caballos huían. La columna se desorganizó y Cabot ordenó al corneta tocar a fuego.

El agudo son del clarín se mezcló al rugir de los disparos. Los policías se parapetaron detrás de los escasos árboles y rocas de la orilla. Por un momento, pareció neutralizarse la lucha. Pero crepitó la ametralladora, barriendo como un huracán las cabezas de los policías que se habían refugiado detrás de un grueso árbol derribado.

Como los mestizos los dominaban desde la altura, era insensato querer defenderse en tal desventaja. Pero la Policía Montada jamás retrocedió. Así es que Cabot provió a ello, haciendo colocar los carros en círculo en torno de sus soldados. Algunas bajas costó la maniobra, pero finalmente lograron su propósito.

Los mestizos comprobaron que la puntería de los policías era tan certera como admirable en serenidad. Tod, agazapándose, se corrió hasta la primera línea. Una bala, que alzó peligrosamente cerca de su cabeza, le recordó la apuesta concertada con Duroc. Quitóse,

pues, la boina y se la guardó en un bolsillo, atendiendo a su punto de mira. Un mestizo subido en un frondoso abeto fué su primera víctima. Sonriendo sarcásticamente, siguió disparando a discreción.

La ametralladora se había callado. Duroc se reía de los efectos que producía la terrible arma de fuego. Los disparos de los policías eran menos numerosos. Los que vivían debíanlo a los carros o al grosor de los árboles. Duroc tornó a reír, cuando Corbeau metió otro cargador en la recámara de la ametralladora.

—Eso es...—aprobó Duroc... No va a dejar ni uno este cañoncito.

—¡Sí, éste me dará todas las guerreras para Oso Grandel—dijo, a su vez, Corbeau.

Tableteó nuevamente la ametralladora y los mestizos, guiados por Duroc, comenzaron a adelantarse hacia los policías. Las balas de la ametralladora transformaron todo en una criba, atravesando los carros e hiriendo a los hombres que se reaguardaban detrás de ellos. Los gemidos llenaron el aire. Los policías que hacían de camilleros trabajaban incansables, amontonando a sus compañeros en el sitio más seguro.

—¡El sargento Bret y el tejano

vienen hacia aquí! Protéjanlos con sus fuegos!

El aviso procedía de Cabot, que disparaba su pistola de piz, como si estuviera tirando al blanco. Un mestizo le encañonó y le alcanzó en el pecho, mientras Dusty y Jim, tumbados en sus caballos, volaban por la selva hacia el lago. El inspector fué recogido, cuando el tejano y el sargento penetraron en las defensas de los policías.

A poco, tronó la pistola del tejano derribando a dos mestizos más atrevidos. La presencia del sargento dió ánimo a los policías. Un tiro arrojó el sombrero de la cabeza de Dusty, estropeándole la copa. El inspector, que jadaba y escupía sangre, ordenó al sargento que sacara a los policías de aquel infierno. La resistencia era inútil.

Prepararon un carro para los heridos y una sección se encargó de limpiar de mestizos el camino del fuerte, mientras otra evolucionaba y una tercera aguantaba el tiroteo.

El corneta tocó a fuego a discreción y los supervivientes retrocedieron. El sargento se quedó de los últimos, junto a Dusty que estaba entusiasmado en su tarea de abrir brecha en el enemigo.

—Deme diez hombres y cubriré el camino, mientras ustedes se retiran—rogó Dusty.

—Usted váyase con los demás... Yo me quedo—dijo Jim.

—¿Sí, eh?... ¡No le he oído!—gruñó Dusty, descargando sus mortíferas armas en compañía de Tod.

Jim, desde entonces, empezó a sentir un gran respeto por el tejano. No pudo declararlo, porque la retirada de sus hombres, aunque bien organizada, no estaba exenta de dificultades. Paulatinamente, fueron replegándose hacia la cañada, a través de la cual corría el camino, hasta que, últimamente, sólo quedaron en el campo los únicos policías que no podían resistirse a que Corbeau les arrebatara sus guerreras: los muertos.

CAPITULO VI

AMOR, DEBER Y LOCURAS

Abril estaba en el botiquín del fuerte atendiendo a los heridos que los policías iban depositando delante de ella y del médico. Como en sueños, escuchaba las conversaciones de los heridos y de los sanos y pronto se le antojó que la envolvía una nube roja...

Esta misma nube, y un frenesí rayano en el delirio, dominaban a Ronnie en la cabaña de Louvette. Los ecos de los disparos, bien que mitigados, llegaban hasta él, relatóndole los resultados de su debilidad. Sus compañeros estaban pereciendo. ¡El era un traidor, un traidor!... Sus muñecas retorcián las cuerdas que las sujetaban y en su arrebato no se percataba de que la sangre manaba de ellas como si hubieran sido sañadas por un cuchillo.

—¡Louvette! ¡Louvette! ¡Déjame ir con ellos! ¡Haré lo que sea, te daré lo que quieras!

Louvette, que ya había desecha-

do sus deseos de calmarle, callaba y le lavaba las muñecas heridas, que serían las marcas indelebiles de su traición.

¡Ronnie era un traidor! Todos lo proclamaban, tanto los heridos como los indemnes. Callaban compasivamente al pasar junto a Abril, pero la miraban con lástima. Y la lástima de aquellos hombres, valientes y ensangrentados, laceraba el corazón de Abril. ¡Aquellos gemidos y maldiciones se debían a que su hermano había desertado! ¡Traición!!

—Usted siempre aparece en donde hace falta—dijo una voz amable. Era Dusty.

Abril soltó el vendaje y se enfrentó con él, muy pálida y con los ojos titilantes de lágrimas.

—Me dejaron salir de Batoche esta mañana... ¡Ah, Dusty! ¿Qué es lo que están diciendo de Ronnie?

—¡Todos están locos!—aseguró el tejano con dulzura.

—¿Nadie sabe dónde está Ronnie?

—No lo saben, Abril.

El médico despidió a Dusty hacia el carro de los heridos y de nuevo Abril sintióse desamparada, sin que el rudo trabajo fuera un lenitivo. Un ordenanza avisó al médico que el inspector estaba mal y aquél se alejó hacia la cama de Cabot. Abril pidió coñac y Jim fue quien se encargó de llevárselo, un Jim que no osaba mirarla cara a cara y que murmuró:

—Celebro verte a salvo, pero ojalá no fuera aquí.

—¡Yo traté de llegar a tiempo!
¡Hubiera salvado a tantos!

—Habrá que apretar más el torniquete—suslayó el sargento.

Pero no le sirvió de nada, porque Abril, dando vueltas a la venda, levantó sus azules ojos hacia él.

—¿Dónde está Ronnie?... ¿Está?... ¿Está?...

—¡No!... Perdona, he de ir junto al inspector, Abril.

La sequedad de Jim, el mejor amigo de Ronnis, lo aclaraba todo. Trató de animar al hombre que gemía a su lado, pero más lo necesitaba ella.

El inspector alejó con un pretexto al médico. Se sabía agonizante. Sus hombres necesitaban más la

asistencia que él. Hombres que vivirían. Jim se cuadró ante él y esperó a que le hablara, lo que Cabot hizo con un jédo, que levantó su pecho como si fuera a estallar.

—¿Tratan de asaltarnos?

—Али по, рејот.

—Cubra el baluarte.

—Ya está, señor.

—¿Tiene pruebas de que Logan ha desertado?— Jim inclinó afirmativamente la cabeza—. Cuando esto se calme... encárguese usted de apresarle... y que se haga justicia... Justicia... ¡A mí se me hará pronto!... Le entrego el mando, sargento... Unos necios... del Cuartel General... quieren cambiar el color del uniforme en verde. Defienda las guerreras encarnadas... ¡es color de vida!

Esta fue la última frase que pronunció aquel héroe. Luego, murió. Jim se apartó de él y esquivó a Abril, cruzando el fuerte y subiendo los escalones del baluarte, en donde Tod fogueaba a los mestizos más atrevidos, durante, según él llamaba, "un tiroteo insignificante". Ordenó a Jim que bajara la cabeza y escuchó lo que el sargento tenía que comunicarle.

—¿Podrías llegar al río?

—Es posible que consiga llegar.

—Lleva la lancha y una canoa
cu metros más abajo del embar-

cadero. Esta noche evacuaremos esto.

El puesto de Tod fué ocupado por un policía. Los mestizos que sitiaban el fuerte descubrieron a un matarral que avanzaba. Como esto era un fenómeno, por consiguiente, no era natural, dieron la voz de alarma a Duroc, que se encaminó hacia el matarral ambulante con el fusil montado. De repente, del matarral se destacó una mano y Duroc lanzó un chillido de contento, pues... ¡la mano guardaba una boina escocesa en el bolsillo!

—¡Es un escocés!... ¡Es mío!... ¡Que nadie tire!

Se apostó a pocos metros de Tod, hurlándose de la ausencia de la boria. Tod se puso en pie al reconocer al que le desafiaba e inmediatamente se libró del matarral, sacó la boina, se la puso y se cuadró, desafiando:

—¡A ver si le das!

—¿Lo dudas, so melón?

Duroc apoyó la culata del rifle en su hombro y sin mirar hizo fuego. La boria desapareció como por ensalmo, llenando de decepción al taperanzado escocés, que se palpó el lugar mutilado. Duroc exhaló una carcajada descomunal, que hizo enrojecer la cara de Tod.

—¡Pues no le veo la gracia!... ¡Asqueroso coyote!

—¿Quién es un asqueroso coyote?—tronó Duroc.

Su arma detonó y arrancó la boina en que Tod guardaba sus útiles de calceta. El hilo se enredó en las matas y en la boina. Tod recogió como pudo el hilo, sin despegar un ojo de su contrincante, en el colmo de la exasperación.

—¡Ojalá... te coman los buitres! ¡Mi lana! ¡Mi ovillo de lana!... ¿Cómo me hago yo ahora mis calcetines si ese?... ¡Y aun se ríe!...

Empuñó su fusil y la risa de Duroc se cortó en seco. La bala le arrebató el cinturón y sus pantalones descendieron con peligrosa velocidad hacia el suelo. Entorpecido por ellos, y más por las carcajadas de Tod, se cayó casi, soltó el rifle, lo volvió a recoger, se le cayeron los pantalones, de manera que no pudo hacer fuego.

—¡Sapristi! ¡Sapristi! ¡Qué broma! ¡Malditos... pantalones!

—¡Sujétate los con los dientes, Dan.

—¡Cochino escocés!

¡Nunca lo dijera! Otro disparo se llevó por delante la única bombra sana de su chaleco. Duroc se quedó en camisa, en tanto que gritaba como si le despolesasen.

—¡Ah, qué precioso irás en traje de Adán recorriendo todo el

POLICIA MONTADA DEL CANADA

bosque! ¿Crees que esas son trazas de gobernantes?

—Pero, ¿es que quieres que te atice?

No le pudo "atizar", porque se lo estorbaron los pantalones. El solo medio que halló para defender su dignidad, fué sentarse en un tronco caído como antes había hecho el risueño Tod. Y cogió el rifle.

Un policía apostado en el baluarte se fijó en los disparos y dió noticia de ello a un compañero suyo. Creyendo que Tod estaba apurado, sacó su rifle por la aspillera y apretó el gatillo dos veces, alcanzando la gruesa espalda de Duroc. Este exhaló un gemido y se encogió. Tod se arrodilló a su lado, desesperado, loco de pesar...

—¡Dan, no he sido yo quien te ha disparado!

—¡Has ganado los cincuenta centavos!...

—No, no, Dan, ha sido del fuerte... quedaste al descubierto... ¡Ah, qué loco has sido, viejo amigo!

—Otra... partida de cartas... y te hubiera dejado sin el pellejo... ¡He perdido!...

—No, Dan... ¡yo sí que pierdo!... ¡Pierdo el mejor amigo que tengo!

Dan levantó una mano, que dibujó un gesto extraño en el aire, como si quisiera asirse, y después la depositó en el chaleco, insensible al llanto de su amigo.

—El Gran Cazador me lleva consigo... Los cincuenta centavos están en mi bolsillo...

* * *

Dusty, por la noche, estaba trasteando con una cafetera ante el gran hogar del comedor del fuerte. Abrióse la puerta y se puso en pie al reconocer los pasos ligeros de Abril. Llevaba ésta un plato en la mano, que Dusty olisqueó; después la empujó hacia un sillón, obligándole a ocuparlo.

—Déjame. He de llevar...

—Hágame el favor de dejar esto y siéntese.

—Pero...—quiso protestar Abril, sintiendo la rara sensación de descanso que siempre la acometía al estar cerca de Dusty.

—Oiga. Lleva diez horas sin parar, de un herido a otro, vendándolos, curándolos y... debe estar desfallecida.

—Tampoco usted está jugando al croquet.

—Hay orden expresa de que descanse usted... y tome un poco de café.

Se arradilló junto a los ardientes leños y destapó la cafetera, tornan-do a ponerla sobre las brasa. Sa-

bía que Abril le estaba observando con fijeza, con la misma fijeza mental que la atormentaba.

—Dusty, ¿qué ha ocurrido?

—¿Cómo!... ¿Ha ocurrido algo?... Yo no sé que haya ocurrido nada.

Abril se echó a llorar y Dusty, muy apurado, fué en su dirección empujando la cafetera. La joven se secó las lágrimas.

—No hacen más que pronunciar su nombre, pero no me quieren decir nada—sollozó—. NI el mismo Jim me lo quiere decir... ¿Dónde está? ¿Dónde está Ronnie?... ¿Qué le ha pasado? ¿Qué es lo que ha hecho?

Se arrojó a los brazos de Dusty, que la retuvo en ellos un momento, y luego la obligó a sentarse y a tomar un poco de café. Meditó un momento, acariciándole una mano y replicó a sus preguntas:

—Cálmese y oiga. Yo no conozco muy bien a Ronnie, pero a usted sí. La conocí en cuanto la vi, como si ya la hubiese tratado toda la vida. Y sé que quien lleva su misma

sangre no puede cometer un acto de cobardía... Pero... el amor juega malas pasadas, ¿entiende?

Abril no supo qué contestar. Entró Jim en el comedor y abarcó la escena de una ojeada. Se acercó a la pareja y se inclinó sobre Abril.

—¡Eres un buen soldado!... —y añadió para Dusty—: Le ha caído un trabajo duro, si lo quiere.

—¿Quiere que le ponga sal en la cola a Corbeau?—bromeó Dusty.

—Voy a llevar los heridos hasta el río, protegidos por el humo... Quemaremos el fuerte. Llevará usted a los heridos, con Abril, río abajo, hasta encontrar los refuerzos del coronel Irvine.

—¿Y usted se va a quedar aquí asando castañas?—protestó Dusty.

—Aun me quedan siete hombres sanos. Quiero estar presente cuando Corbeau lleve las guerreras rojas a Oso Grande.

—Eso será tanto como entregarle otras siete guerreras rojas.

—¡Jim!... ¡Has de decírmelo!—sollozó Abril.

Dusty anduvo silencioso hasta el hogar y se calentó las manos. Abril, arrepentida de su exabrupto, se sentó y empezó a empaquetar sus vendas e instrumentos, guardándolos en su maletín. Jim vaciló un momento; Dusty no les escuchaba, cuando menos, en apariencia, y

aunque lo hiciera, ¿qué importaba que un hombre tan noble asistiera a la derrota de su amor? Al fin y al cabo, sólo un hombre podría comprender su punto de vista.

—Ya lo sé... —murmuró esforzándose—. Pero antes he de decirte otra cosa... ¡que te quiero! Siempre te querré, aunque sé que desde ahora me odiarás. Nada en el mundo nos podrá unir después de... Mejor es que te lo diga yo, ya que al fin has de saberlo. Ronnie no ha muerto. Desertó, abandonó su puesto y a su compañero, que fue asesinado. Pudo avisar a la columna... y todos esos hombres que han caído vivirían aún, si Ronnie... Pero huyó... huyó con la hija de Corbeau, con esa aventurera.

—¡Pero si yo la envié! Le envié a Louvette para avisarle y... a todos vosotros. ¡Yo no creo que Ronnie desertara!... ¡Aunque me lo probaras cien veces, seguiría sin creerlo!

La fe ciega de Abril en su hermano, los sollozos de su garganta, su belleza, su propio amor, eran un calvario para Jim. Todavía faltaba lo peor. Lo diría. ¡Sí, lo diría, aun cuando supusiera la muerte de su alma, su misma muerte!... No obstante, hubo una pausa. Dusty permanecía mudo junto al hogar y únicamente cobró vida cuando comenzó Tod, empuñando su rifle.

POLICIA MONTADA DEL CANADA

El escocés anunció con voz apagada:

—¡Eh, Jim, oye!... Los mestizos están un poco desconcertados con la muerte del pobre Dan Duroc... ¡Es la ocasión para salir!

—Dí al cabo Underhill que tenga dispuesta toda la fuerza con armas y fusiles y que incendien el fuerte.

La energía de Jim se volatilizó al regresar Abril, que todavía lloraba. El sargento ya no era un soldado, sino simplemente un hombre cuya felicidad se escapaba con la rapidez del viento. Echó los hombros hacia atrás y dijo a Abril:

—Aunque tú creas que Ronnie es inocente, yo tengo que cumplir mi deber. Cuando esta revuelta termine, habré de ir a detenerlo y lo lograré, aunque para ello haya de ir al último rincón del mundo. Ya sabes lo que esto será para él.

—¡Ya sé que antepones tu deber a todo!... Ya sé que para ti es más que el perdón o el amor. ¡Anda, cumple las órdenes! ¡Mata a ese muchacho que hizo la locura de anteponer el amor a todo!... ¡Pero no me digas que lo sientes!... ¡Cumple con tu deber y mata!

La cara de Jim reflejó un cansancio infinito. Retrocedió dos pasos y adoptó un acento impersonal,

como si hablara a uno de sus soldados:

—Os llevaremos a ti y a los heridos hasta el río. Allí, Dusty se encargará de vosotros. Yo voy al campamento de Oso Grande... Reza para que no vuelva.

Abandonó el comedor. Dusty volvió de su ensueño y consoló lo mejor que supo a Abril, guiándola hasta el río. Las llamas lamían ya los cuatro costados del fuerte, despidiendo una espesa humareda, sofocante y creciente.

En el patio, los siete supervivientes estaban firmes, junto a sus caballos, escuchando las palabras de Jim, que les explicaba lo que deseaba de ellos: Quizá los llevaría a la muerte. Los siete hombres aceptaron su destino. Las rodillas de uno se doblaron y Jim lo envió a las barcas. Aquel héroe había estado ocultando sus heridas.

Mientras ellos acarreaman las parihuelas con los heridos hasta las embarcaciones, los mestizos, que no percibían ningún movimiento, se proclamaron vencedores. El fuego debía haber achicharrado a los últimos defensores. Jim, así que todos estuvieron embarcados, mandó que los menos graves llevaran los remos y que Dusty y Tod vigilaran desde la canoa. Luego, dió la señal de partida.

POLICIA MONTADA DEL CANADA

—¡Buena suerte, sargento!—deseó Dusty, anarbolando el remo.

—¡Gracias!—respondió Jim, saciando del agua.

Y se puso a la cabeza de sus seis soldados, marchando al campamento de Oso Grande, en donde realizaría su última proeza...

La lancha y la canoa bogaron hasta el amanecer, cuyos débiles colores encendieron los rostros fatigados de Abril, Dusty y de Tod. La joven iba entre los dos hombres, cuando, en un sitio lejano de la orilla, se oyó el vibrar de una corneta. Cesaron de remar. ¡Era la columna de refuerzo del coronel Irvine!

—¡Creí que estos hombres no llegarían a ver ese campamento!—dijo Abril.

—En él descansará usted...—comentó Dusty—. Yo me voy... de casa.

—No hace falta... Jim ya habrá cogido a Corbeau... o bien Corbeau...

—No estaba pensando en Corbeau—replicó Dusty.

—¿En Ronnie?—preguntó Abril con dificultad.

—Verá... Creo que quizá me gustase charlar un poco con esa lobita que lo ha raptado—declaró lentamente Dusty, y Abril le miró.

—Ronnie ha muerto... Estoy segura. El no era capaz de huir... Si

cometió esa falta, se hubiera entregado—gimió Abril.

—No lo dudo...—aseguró Dusty con su apacibilidad usual—. Pero... quizá no puede volver. Tal vez esté trastornado. Yo creo que... que lograría solucionar todo esto si usted me animara.

Abril no rehuyó la súplica, antes bien cambió de posición hasta que ambos estuvieron tan próximos, que los cabellos de la joven rozaban los labios del tejano. Aquel hombre noble tenía la capacidad de conmoverla en un grado infinito...

—Es usted muy bueno, Dusty, pero ya no se puede hacer nada por mí.

—Claro que sí. Venga a Tejas conmigo... y si Ronnie vive vendrá con nosotros.

Inconscientemente, Abril comparó a Jim con Dusty y notó que iba a consentir, segura de que en el tejano siempre hallaría apoyo y serenidad espiritual. Obedeciendo a un impulso súbito, reclinó su cabeza en el pecho de Dusty y exclamó con pasión:

—¡Si aun puede ver en mí a la misma de antes, me iré con usted! ¡Soy una cobarde, Dusty, quiero huir de mí misma!

—Usted es la mujer más valiente y adorable que he visto, pero no ha pegado ojo en veinticuatro ho-

POLICIA MONTADA DEL CANADA

ras... No quiero que me diga "sí" sin pensarlo antes.

—¡Yo no quiero pensar nada!

—Cuando llegues a Tejas, no habrás de pensar — prometió Dusty, pasándole el brazo por la cintura.

—¡Tejas ha de ser... un paraíso! —sonrió Abril muy consolada.

—Lo será cuando estés tú allí— se incorporó y remó hacia la ribera—. Vamos a la orilla, Tod, y lle-

va a Abril al campamento de Irvine. Yo me despido aquí.

Tod emitió una protesta que casi fué un grito.

—¿Qué clase de locura le ha entrado a usted, Dusty?

La canoa tropezó con tierra firme y el tejano saltó a ella con agilidad. Les hizo un ademán de despedida y se rió:

—¡Bah!... Es que tengo un par de cosillas que hacer.

CAPITULO VII

EL HONOR DE LA POLICIA MONTADA

En el poblado Cree, Corbeau y sus hombres colocaban sobre una manta, extendida en el suelo, los sangrientos trofeos de la lucha del día anterior. Eran las guerreras rojas, destrozadas y sucias de sangre, cuyo aspecto enardecía a los guerreros, como el león que ventea una presa. Los alaridos se sucedían a cada guerrera que el asesino estrella contra la manta, en tanto que proclamaba, haciendo alardes, su victoria al jefe.

—¡Cumpla mi promesa, Oso Grande! ¡Aquí están las guerreras rojas, con tantos agujeros como una red! Esta fué la de aquel sargento, que dijo que me pondría grilletas. ¡Ahora cumple tu promesa, Oso Grande!... ¡Guerra!

Oso Grande consultó a los principales de la tribu con los ojos y éstos inclinaron las cabezas. Por consiguiente, el cacique levantó la mano hacia el cielo.

—¡Guerra!

La palabra restalló como latigazo. Los bravos blandieron sus lanzas y comenzaron una danza bélica, saltando como endemoniados y atacando con sus armas las indefensas y gloriosas guerreras. La excitación culminaba, los agudos chillidos desgarraban los tímpanos. Era un frenesí...

Pero, por penetrantes que fueran los gritos, un sonido los dominó. Era el sonido de un clarín, tocando la marcha de la Policía Montada. Se callaron y se pararon. En la entrada del poblado, correctamente formados, con Jim y el corneta a su lado, trotaban majestuosamente los seis supervivientes de Fuerte Carlton, que, con indiferencia despreciativa, se metieron entre los indios, acercándose al gran jefe.

—¿Cómo muertos montar?—chilló Oso Grande y detuvo el brazo de Corbeau que empuñaba su pis-

tola—. ¡No poder matar a los muertos!

Cuando los policías estuvieron a una decena de metros del jefe, Jim agitó una mano y se detuvieron, rígidos, inexorables. Después, el sargento obligó a avanzar a su caballo y gritó:

—Que extienda su manta el jefe de los guerreros, Oso Grande.

—¡Disparad contra ellos! ¡Matad a esos perros!—aulló Corbeau.

—Estar muertos, decir tú... Ahora dejar decir qué querer muertos.

Oso Grande frenó el gesto de ataque de sus guerreros y su jefe extendió la manta en el suelo. Aquello significaba una tregua. El sargento avanzó más, semejante a una estatua ecuestre.

—¡Los espíritus de los valientes siguen en sus guerreras rojas!... Son sagradas. Dí a tus hombres que las pongan en la manta.

—Hermanos de los muertos... ser bravos—declaró Oso Grande.

El jefe de los guerreros sostuvo una conversación violenta con el cacique.

Los bravos respaldaban al primero con su actitud negativa y sus aullidos. Corbeau, en vista de que cundía la rebeldía y que la autoridad de Oso Grande estaba en entredicho, se volvió a los indios jóvenes y los arengó:

—Son enemigos, no los dejéis ir... ¡Que no quede uno!... ¡Dadles muerte! ¡Ahora! ¡No esperéis más! ¡Matadlos!... ¡No os dejéis engañar!

Estas frases produjeron el efecto anhelado. Los bravos cercaron a Jim y a sus soldados, que parecían estar tallados en piedra, por cuanto ni el más leve movimiento delató inquietud. El alboroto crecía y la vida de los policías pendía de un cabello. Una lanza ya rozaba el pecho de Jim, cuando éste dijo:

—Atrevedos a hacer un solo disparo y llegarán más soldados de la reina, que granos de arena tienen los mares. Moriréis todos con vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos no pisarán esta tierra... Las guerreras, Oso Grande... Esperamos.

Oso Grande habló en su rápido idioma al jefe de los guerreros y éste se encaró con sus hombres, a los que impuso su criterio. Uno tras otro, de mala gana, fueron depositando las guerreras sobre la manta, desclavándolas de las puntas de sus lanzas y del cañón de sus fusiles. Jim deamontó y vigiló.

Corbeau, desesperado de su derrota, que entrañaba un peligro para él, vociferaba loco de espanto:

—¿Tenéis miedo de siete hombres?... ¡Matadlos, imbéciles! ¡No

hay magia en estas guerreras rojas! ¡Echadlos a los cuervos! ¿Oís?

Para dar el ejemplo, se agachó hacia las guerreras, alargando el brazo para coger una de ellas. Con un ademán tan fulminante, que no pudo ser seguido por la vista, Jim meneó su diestra. Sonó un chasquido y Corbeau rodó sobre las guerreras, con una esposa alrededor de la muñeca:

—Estás detenido—le comunicó Jim, haciéndole callar—. ¡Dos de la izquierda! ¡Desmonten!... ¡Encargaos de él!

Los dos policías aludidos se encargaron de ello de mil amores; amanillaron los dos puños de Corbeau y lo arrastraron hacia sus caballos, sin que ni un pie rojo defendiera a Corbeau y éste dejara de chillar como si le descuartizasen.

—¿Quiere Oso Grande acatar a la reina y volver a ser el jefe de su pueblo?—preguntó Jim.

—Los tres son hermanos de los valientes—contestó el caudillo con majestad.

Sacó, pues, Jim la medalla de la reina. Oso Grande se arrodilló ante él y el sargento cerró la cadenilla en torno de su cuello, mientras los indios, con la inconstancia de parecer de los pueblos primitivos, aclamaban a la reina, al sargento y a sus hombres...

Dusty, entretanto, no había estado inactivo. Por arte de birlibirloque, apareció en la porción del río, en donde estaban varadas las canoas y balsas de los mestizos, ocupados en preparar una emboscada a la columna de socorro. Mientras los rebeldes asentaban la ametralladora en un punto, desde el cual sembrarían la muerte sin riesgos, Dusty lanzó las embarcaciones al interior del río, de manera que la corriente las arrastró consigo.

Ver aquello los mestizos y olvidarse de la tarea encomendada, todo fué uno. Gimiendo, se precipitaron ladera abajo para rescatar las preciosas embarcaciones. Así que hubieron llegado a la orilla, Dusty, montado en su caballo, se presentó en el emplazamiento de la ametralladora y, haciendo girar su lazo sobre su cabeza, picó de espuelas.

La ametralladora, sujeta por la soga, se deslizó sobre sus ruedas. Dusty trotó hasta un acantilado con la velocidad de un proyectil. Después, con un ardid de vaquero, hizo tropezar a su caballo, recuperó el lazo, en tanto que él se encogía para que pasara la ametralladora sobre él sin hacerle daño. El

arma saltó al abismo y se hundió en el agua.

El ruido producido por el choque delató a Dusty a los mestizos. Estos le hicieron fuego desde la orilla, pero el tejano, sin preocuparse, montó en su corcel y se sumió en la espesura.

La segunda "cosilla" que Dusty tenía que hacer, le condujo a la entrada de Batoche. Sus pobladores, tanto mestizos como blancos, heridos o no, regresaban al poblado, noticiosos de la llegada del coronel Irvine con sus hombres. La rebelión se podía considerar virtualmente sofocada.

Dusty preguntó a Shorty por el paradero de Ronnie, pero el gigante tenía bastante trabajo en defenderse de las pullas de su mujer para hacerle caso. Los demás a los que preguntó, o no le entendieron, por hablar sólo en francés, o no quisieron entretenerse. Por consiguiente, sacó unas monedas del bolsillo y se las ofreció a un par de muchachas.

—¿Quiere usted algo?

—¿Ha visto a Louvette?—indagó Dusty.

—Sí.

En la cabaña de la mestiza, Ronnie rehuía a ésta como si estuviera apesada. Los remordimientos de conciencia no le permitían sosegar.

La persona de la joven era una acusación de cobardía que percutía en lo más íntimo de su ser. Rechazaba los alimentos y las caricias, pugnando por ser dueño de sí mismo, con escaso resultado. Ya no llevaba la guerrera roja.

—No te encuentras bien, ¿verdad?

—Sí, me encuentro bien...—aseguró rechazándola—. Puede doler la conciencia... y el cuerpo seguir sano y bueno hasta el fin.

Se sentó en un montón de pieles y Louvette le echó los brazos al cuello.

—¡Mi corazón te quiere tantísimo, que al latir dice tu nombre: Ronnie, Ronnie!

—¡Debí cortarte la lengua la primera vez que te oí decir eso!—gritó, pero con menos dureza de la que anhelaba.

—¡No! Nos iremos de aquí, Ronnie, muy lejos, hacia el norte, a las tierras solitarias. Nadie podrá encontrarnos allí.

—¿Hay un hombre del cual no escaparé ni aun allí? ¡Es un ser repugnante que siente desprecio de sí mismo! ¡Soy yo!

Una sombra se recortó contra la pared. En la puerta estaba Dusty contemplando la escena. Louvette se levantó de un salto y no menos hizo Ronnie. El tejano se adentró

en la construcción y se apoyó en un madero que hacía las veces de soporte del techo.

—¡Hola... Ronnie!

—¿A qué ha venido usted?—gritó Louvette, Ronnie había enmudecido.

—A nada, es que pasaba por aquí... ¡Vaya! Parece que... esa guerrera ya ha terminado, ¿eh?

Señaló a la guerrera arrojada en un rincón. Ronnie siguió la mano de Dusty. Louvette deslizó la suya en dirección de su cuchillo, clavado en el soporte, junto a la cabeza del tejano. Este, con un gesto sin importancia, lo desclavó y hundió un poco más alto, fuera del alcance de la mestiza, que se tiró desesperada al suelo.

—¿Ha venido usted a hacerle daño?—se enfureció.

—Lo que yo diga no puede herirle. Ya se ha dicho bastante.

—¿Qué han dicho?—preguntó Ronnie, haciendo callar a la mestiza—. ¡Quiero saberlo!

Dusty, antes de contestar, dió unos pasos perezosos por la cabana, y se sentó frente a Ronnie, liando un cigarrillo. Luego, clavó sus ojos en los del joven.

—Pues... que abandonó usted su puesto, que se escondió como los cobardes suelen hacer y que le falta

el valor para presentarse y aceptar su merecido.

—¿Y Abril lo dice?—suspiró Ronnie.

—No... Se figura que usted ha muerto. De lo contrario, cree que usted se presentaría a afrontar su castigo.

—¿No le escuches, por favor!—rogó Louvette—. ¡Te matarán si regresas allí!

Dusty encendió su cigarrillo y lanzó una bocanada de humo.

—Tal vez tenga razón... Está proclamada la ley marcial. Ya sabe que la Policía Montada es un cuerpo de verdaderos hombres. Han luchado siempre con viento y marea, sin que cayese una mancha sobre ellos. Sentiría que el hermano de Abril fuera el primero que desentonara...

La sugerencia de Dusty, aventó el fuego de ira y de dolor que consumía a Louvette. Intentó protestar y hacer reparar a Ronnie en el peligro. Pero ya era tarde. Ronnie no cedería. Por lo menos, así lo estimó el tejano.

—¿Para qué?... —soliloqueó el traidor—. En realidad, ya estoy enterrado con todos los que cayeron en lago Duck.

—Tarde o temprano le cogerán—profetizó Dusty.

—¿Con su ayuda?

—No, no lo encontrarán nunca— dijo Louvette—. Yo haré que no pueda usted decir nada.

Salió de la cabaña con celeridad, pero ninguno de los dos hombres se fijó en ello o, si lo hizo, no le dió importancia. Louvette ya no era sino una simple pieza en la vida de ambos.

—Es por su bien, Ronnie. Para que Abril no tenga que avergonzarse de la conducta de usted.

—¿Por qué no me deja seguir muerto?

—Porque usted no es cobarde.

Louvette no había perdido el tiempo. Hablaba con Cuervo, un indio malo del poblado, y le entregaba unas pieles, a cambio de las cuales Cuervo se levantó y metió una bala en la recámara de su rifle, escuchando las indicaciones de Louvette.

—Un blanco... en un caballo carento.

Cuervo gruñó y se metió en el bosque, seguido a distancia por Louvette, que se encaminó cantando a su cabaña. Pero al adentrarse en ésta, vió que sólo había un hombre en ella. ¡Y era Dusty! Con un huracán de contrapuestos pensamientos, sacudió al tejano, preguntándole:

—¿Y Ronnie?

—Se ha ido a Batoche. Le dejé mi caballo.

—¡Oh!... ¡Ronnie!

Tan lacerante y desgarrador fué su grito, que Dusty se incorporó de un salto. Pero no pudo detener a Louvette, que corría a través de la selva para atajar la obra del asesino que había alquilado para matar a... Ronnie. Sin embargo, por mucha que fuera su agilidad, llegó tarde. Cuervo estaba apostado en el recodo del camino y no oía los gritos de Louvette, teniendo fija la atención al punto de mira, que cubría a un hombre blanco, montado en un caballo carento.

Sonó un disparo... Ronnie se deslizó al suelo, quedando inerte, mientras el caballo le olfateaba.

Louvette saltó al camino y se arrodilló junto a su amante, cuya cabeza depositó en su seno, acunándole como al fuera un niño y profiriendo frases entrecortadas, gimiendo... Así le halló Dusty, que tomó el pulso a Ronnie... De esta manera, vió las huellas que las cuerdas habían dejado en las muñecas del cadáver. Meditó un momento; luego, dió una palmada en el hombro de Louvette, diciendo:

—El amor juega estas malas pasadas.

. . .

En una cabaña de Batoche, se había reunido la comisión destinada a investigar el origen de la emboscada de lago Duck; estaba compuesta por el superintendente, el coronel Irvin y el capitán Gower, de la milicia canadiense. Abril, sentada ante ellos, presenciaba la apertura de la encuesta, a la que interrumpió exclamando:

—Yo soy la culpable, no mi hermano. Yo le envié la mestiza, se la envié para avisarle. Debl figurarme que Louvette le engañaría, que ella... que ella le quería.

—Que ella le quería y que le convencería para huir juntos y así se salvaría—completó el capitán Gower.

—¡Eso no es cierto! ¡Ronnie no le temía a nada!... ¡Y si vive sé que volverá!

—Lo siento mucho, señorita, pero las pruebas que hemos reunido hasta ahora son decisivas—dijo el superintendente y habló a Jim:—Sargento, queda encargado personalmente de perseguir a Logan...

Jim no se atrevió a mirar a Abril. Fuera de las cabaña se produjo un tumulto y la puerta se abrió violentamente de par en par, enmarcando a Dusty, que llevaba

en brazos el cuerpo de Ronnie. Cruzó con él el recinto y lo depositó sobre una mesa, diciendo:

—Se presenta el policía Logan.

Abril exhaló un grito y abrazó el cadáver de su hermano. El sargento informó al superintendente de quién era Dusty y de quién era el cuerpo que yacía sobre la mesa. Después, Jim miró a Dusty que estaba impenetrable. El superintendente se pasó la mano por la cara y dijo con sencillez:

—No lo comprendo.

Dusty dió dos pasos hacia delante y narró:

—Lo habían hecho prisionero. Vean ustedes en sus muñecas las señales de las ligaduras.

—¡Y te creían desertor!—sollozó Abril y sonrió al mismo tiempo.

No cabía duda de que había sido atado. Entonces, Dusty explicó una historia en que los hechos reales, propios de Ronnie, se mezclaban a los suyos, de Dusty. Había sido Ronnie el que se escapó de los mestizos, rompiendo sus ligaduras; el que envió la ametralladora al río, después de las canoas... en fin, les abrumó con el relato de sus propias proezas, llegando incluso, en el calor de su sacrificio, a afearlas

POLICIA MONTADA DEL CANADA

de su precipitación en acusar a un inocente.

Mientras Abril sonreía, llena de gloria, el sargento se mordía los labios, ocultando una sonrisa. Como sabía los puntos que calzaba Dusty, no tenía ninguna duda de que estaba escuchando la mentira más enorme y heroica de todos los tiempos. Pero, ya que se salvaba el honor de la Policía Montada, sin lesionar el corazón de Abril, se dio por satisfecho y no reveló sus sospechas.

Los jefes anunciaron que Ronnie merecía las más altas recompensas militares, las cuales le serían otorgadas; y Jim cubrió el cadáver con el pabellón nacional. Concluida esta ceremonia, el superintendente indagó:

—¿Y usted dónde estaba entretanto?

—Estaba bien escondido detrás de un grueso tronco, sin atreverme ni a respirar—confesó Dusty con desfachatez, que aumentó la incredulidad de Jim.

—¿He de mencionar eso en mi carta a su comandante de Tejas?

—Supongo que no, Creo que ya tendré bastante con aparecer por allí sin llevar a Corbeau.

Abril estrechó entre sus brazos al azorado Dusty, que no sabía qué hacer con las manos. El superintendente encargó a Jim de conducir a Riel y a Corbeau a Regina y se marchó. Entonces, el sargento dijo con sorna:

—Siento haber jurgado mal a un valiente—pero sus ojos se clavaban en Dusty.

* * *

En la última etapa antes de Regina, en donde Corbeau y Riel serían ajusticiados, Tod, la borla de cuya boina ya había sido reemplazada por un airón, mojó las ligaduras de los presos y, luego, encontróse con Dusty, que probó su paciencia haciéndole liar un cigarrillo. De repente, el tejano le preguntó:

—Si yo de pronto desapareciera

como por escamoteo, ¿le dirá a Abril que volveré por ella?

—Si está tan ciego por ver el camino como lo está por ella, estoy seguro de que no atinará con la vuelta—rezongó Tod.

La lona de la tienda de campaña, que encerraba a Riel y a Corbeau, fué rasgada por un cuchillo, que, a renglón seguido, cortó las ligaduras de las manos del último y fué arrojado a sus pies. Corbeau, sin

apiadarse de su compañero de destino, se libertó de las cuerdas, hizo un boquete en la lona y se engolfó en el bosque...

No obstante, no fué muy lejos, pues detrás de un macizo de rocas brotó Dusty, quien, con mucha cortesía, le rogó la devolución de su cuchillo.

—¡Yo te lo daré! —gruñó Corbeau, echando la mano a la pistola.

—No, no pierda la calma —le aconsejó Dusty.

Como una ráfaga, su mano estuvo armada con su revólver que encañonaba al asesino.

—Y ahora, señor mío, volveremos a Tejas. Tengo aquí cerca escondido un caballito para transportarle a usted.

El resultado de todo ello fué que, hacia mediodía, Dusty cabalgaba por la selva, llevando la reata de un caballo, ocupado por Corbeau, el cual no sólo iba ligado de pies a cabeza, sino por un lujo de precauciones, incluso amordazado.

—¡Alto ahí, cowboy—gritó Jim, saliendo a su paso—. ¿A dónde va?

Dusty se detuvo horrorizado. Ahora Jim descubriría su traición, sería castigado, expulsado del Canadá, de Tejas, de todos los... Pero ¿cómo no se daba cuenta Jim de quién llevaba él detrás?

—Ahora ya no creo que vaya muy lejos.

Jim se encaró con la espesura e invitó a Abril a comparecer. Dusty se asombró más todavía. Abril vestía de amazona, le saludó y... tampoco se fijó en el asesino... ¿Qué misterio era aquél?

—Oiga, ¿es que ustedes los canadienses son cortos de vista?

—Todos somos ciegos para ciertas cosas—confesó Abril.

—Yo no—repuso Jim—. Dicen que cierto individuo pretende arrebatarnos a Corbeau esta noche... Sólo hay cien millas de aquí a la frontera, ¿sabe?... ¡y sin telégrafo! Cuando vuelva al campamento, veré si falta alguien y mandaré perseguir a quien sea...

—Pues... creo que hará usted muy bien—se consternó Dusty, que no entendía aquel asunto y estaba muy intranquilo.

—Dusty parece algo inquieto—observó Abril, al notar que miraba frecuentemente atrás para ver si aun tenía a Corbeau en su poder.

—Tal vez piense en que hubo un hombre que traicionó a un amigo, que fíaba en él y que, como una comadreja que roba gallinas en el corral, le robó lo que él tenía en mayor aprecio.

—Pues, no, no estaba pensando en eso—mintió Dusty.

—¿Pero no cree que quedó muy mal a los ojos del amigo con una acción tan poco leal?—insistió Jim.

—Sí, tendría que haberle pedido perdón—se avergonzó Dusty.

—Bien... ¡pues se lo pido!

Dusty se quedó tan aturdido, que la boca se le abrió. ¿No era él el que tenía que ser perdonado? ¿A santo de qué el sargento decía aquello? Se removió inquieto en la silla. Para una mente recta y sencilla como la suya, aquello pasaba de asombroso. Abril procuró borrar sus nieblas mentales, aclarando con dificultad:

—Jim quiere decirle que... Cree haberle quitado algo que usted creía suyo.

—¿Usted?—exclamó Dusty, comprendiendo finalmente.

—Sí me deja, Dusty.

—Ella me dijo una vez que me hacía falta encontrar quien abatiera mi orgullo y por fin lo encontré—comunicó Jim.

Las protestas de Abril a estas palabras, le pasaron por alto a Dusty. El se quedaba con Corbeau y Jim con Abril. Era lógico, desde el momento en que la joven no le amaba, pero no por eso menos decepcionante. Suspiró con fuerza y se empeñó en sonreír.

—Creo que he tenido un hermoso sueño en medio de una terrible

pesadilla... ¡Claro, claro que la dejó!—y se refirió al sargento—: Se lleva usted lo que queríamos los dos y yo lo que vine a buscar. Diré a todos que la Policía Montada es el cuerpo más grande que he conocido... y el de más suerte.

Jim le estrechó la mano con cariño y repuso:

—Los batidores de Tejas también son hombres valientes y uno de ellos el más noble embustero del mundo.

Jim salió fuera de su vista. Abril expresó toda la dulzura de su alma en su postrer despedida. Dusty se tocó con los dedos el ala del sombrero y murmuró con ardor:

—¡Tejas la echará de menos!

—Siempre quedará algo de Tejas en nuestros corazones.

Cambiaron una larga mirada, que pareció suspender todos los sonidos del bosque, hasta que Abril bajó la cabeza y empujó las riendas.

—Vamos, preciosa—suplicó Jim.

Dusty estuvo parado hasta que el golpear de los cascos se confundió con el silencio augusto de los abetos. Se encogió de hombros con resignación, se echó el sombrero hacia atrás, espoleó a su caballo y estiró de la reata, mordiendo las palabras al decir a Corbeau:

—Vamos... ¡precioso!

Obs. V. Miralles

15/5/13



Cubierta, Imp. M. FELICER

Muntaner, 111-Teléfono 78122